

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

PQ 6217
.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



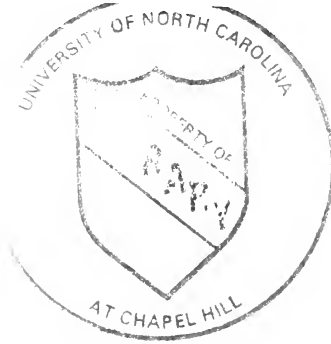
ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 18
no. 1-17

1974



a 00002 33999 0



FIVE
t on

5001
SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

Copyright by the authors, 1907

EL GENIO ALEGRE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL GENIO ALEGRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO ODEÓN de Buenos Aires, el 29 de
Setiembre de 1906



MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Telefono número 551

—
1907

A nuestro hermano Pedro

Serafin y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSOLACIÓN.....	SRA. GUERRERO.
DOÑA SACRAMENTO.....	SRTA. CANCIO.
CORALITO.....	SUÁREZ.
SALUD	SRA. SALVADOR.
LA CHACHA PEPA.....	BUENO.
FRASQUITA.....	BOFILL.
CARMEN.....	SALVERDA.
ROSITA	MERCEDITAS DELGADO.
JULIO.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
DON ELIGIO.....	CARSÍ.
LUCÍO (1).....	SANTIAGO.
AMBROSIO.....	DÍAZ.
PANDERETA.	SORIANO VIOSCA.
ANTOÑITO.....	VARGAS.
DIEGO.....	URQUIJO

Todos ellos, á excepción de *Doña Sacramento*, *Julio* y *Don Eligio*, hablan con pronunciación andaluza, más ó menos acentuada según su clase y condición.

Doña Sacramento habla el castellano con reposo y dulzura, aunque con cierta afectación señorial; *Julio* con la suavidad de un andaluz que ha vivido en Madrid mucho tiempo, y *Don Eligio* como si tuviese la lengua de metal y la campanilla de madera.

(1) Se llama la atención sobre el nombre de este personaje, que no es *Lúcio*, sino *Lucío*, con acento sobre la í.



ACTO PRIMERO

La escena es en Alminar de la Reina, ciudad andaluza, y en el amplio, vetusto y sosegado patio del palacio de doña Sacramento Alcázar, marquesa de los Arrayanes. Al foro, hacia la derecha del actor, está la ancha escalera del palacio, y hacia la izquierda, el portón y una gran ventana con reja, por la que se ve el zaguán. A la derecha hay una sola puerta y á la izquierda dos: la del segundo termino es más pequeña que las otras y conduce á la casa de labor. Arcos anchos y airosos, que descansan en gruesas columnas de mármol. El suelo, de mármol también en el centro del patio, y de ladrillo en los corredores. En medio, una fuente. Balcones en el piso superior, que corresponden á los corredores altos. Colgada ante el portón una gran farola. Pocos muebles; entre ellos un arcón, un banco, dos sillones y una mesa frailuna. Decoran las paredes retratos al óleo de los ilustres antepasados de la familia, dos de los cuales son un fraile y una monja.

Es por la tarde.

Don Eligio, administrador de doña Sacramento hace muchos años, y hombre de unos sesenta, aparece vestido con traje negro á la usanza del siglo XVII, y en la actitud que le ha parecido más propia para que lo retrate Antoñito. Gasta lentes redondos, lo cual cree él que le da cierto parecido físico á don Francisco de Quevedo. Claro que no hay tal cosa. Se tiñe la mosca y el bigote, y no se tiñe el pelo porque no le queda ninguno.

Antoñito, sentado ante una silla de que se vale á modo de caballete, retrata al óleo á don Eligio. Es un muchacho paliducho y enclenque, gran aficionado á la pintura, de genio avinagrado, y de los que piensan que todo el toque está en pelarse poco y en usar una corbata desafortada.

- D. ELIG. Me parece que ya falta luz, Antoñito.
ANT. ¿Se cansa usted?
D. ELIG. Yo no me canso nunca.
ANT. Pues luz hay de sobra.
D. ELIG. Cierto que en este mes es cuando oscurece más tarde. Lo que sí quiero es que desde mañana nos vayamos á pintar al jardín, ó al patinillo, ó á la azotea, ó al corral. •
ANT. Es que á mí me gusta más este fondo.
D. ELIG. Pues pinta el fondo cuando termines la figura; porque, la verdad, es triste gracia que todo el que llegue á esa puerta, tenga algo que mirar ó que decir de mi catadura. Ya se me alcanza á mí que es extraño capricho este de que tú me retrates de esta guisa; pero no hay por qué darle dos cuartos al pregonero.
Diego, viejo cochero de la casa, asómase por la ventana del zaguán en traje de faena.
DIEGO Señor arministradó.
D. ELIG. Estremeciéndose. ¿Eh? Ah, ¿eres tú? ¿Qué sucede?
DIEGO ¿Engancho ó no engancho?
D. ELIG. No enganches. La señora no sale hoy.
DIEGO ¿Ni er señorito Julio?
D. ELIG. Ni el señorito Julio.
DIEGO Güeno está. Retírase.
D. ELIG. ¿Ves tú? No gano para sustos, Antoñito.
ANT. Dejémoslo, si le parece á usted.
D. ELIG. Sí, sí; dejémoslo.
ANT. Hoy hemos trabajado mucho. Mientras va recogiendo sus bártulos, echándole miradas á su obra con los ojos plegados, don Eligio la examina detenidamente.
D. ELIG. A ver, á ver... Lo que te dije ayer, Antoñito: los pies grandes y la cabeza chica.
ANT. Sulfurándose. ¿Sí, eh? Don Eligio, mírese usted al espejo.
D. ELIG. Paso, paso; la justa proporción de la figura humana son siete cabezas, y esta figura tiene más de siete cabezas.
ANT. ¡Y usted también!
D. ELIG. ¿Que yo tengo más de siete cabezas?
ANT. ¡Sí, señor! Además, usted entenderá de li-

- broS antiguos y de administrar bienes ajenos, pero no sabe usted una papa de arte.
- D. ELIG. Primero: la papa no es unidad de medida para el arte; segundo: entiendo de arte y de todo más que tú, pintamonas...
- ANT. ¡Que lo estoy retratando á usted!
- D. ELIG. Déjate de chanzas. Y tercero: tienes una vanidad que puede ser grave enemiga de tu talento. Tu padre, humilde servidor de nuestra señora la marquesa, hace esfuerzos por completar tu educación artística, y tú no corresponderás á ellos como debes, desoyendo los consejos de las personas serias. Si ahora crees que pintas ya como Velázquez...
- ANT. ¡No lo permita Dios!
- D. ELIG. ¡Blasfemo! ¿Qué dices?
- ANT. ¡Que tengo á Velázquez por una máquina de pintar! ¡Por un practicón!
- D. ELIG. ¡Calla, Antoñito, calla, si no quieres que te tire la caja de pinturas á la cabeza!
- ANT. ¡Abajo idolillos!
- D. ELIG. ¡Oh! Juventud presuntuosa, juventud necia. En mi libro sobre las personalidades ilustres de Alminar de la Reina, no te concederé un lugar ni en la fe de erratas. Abre, que están llamando.
- ANT. Ya abrirán las criadas.
- D. ELIG. Yéndose escaleras arriba. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! La culpa tiene quien se deja retratar por un tal mocoso.
- ANT. Es idiota. ¡Vamos á pasarnos aquí la vida entera admirando á Velázquez y al otro cursi de Murillo! ¡Bah! Llamen al portón más fuerte. Pues, señor, me han tomado por el portero. Va á abrir por fin, y al darse de manos á boca con Ambrosio, le dice en tono despectivo. ¡Ah! ¿eres tú?
- AMB. Yo zoy: ¿qué paza?
- ANT. ¡Que has podido entrar por el postigo!
- AMB. ¿Zi, verdá? Tu padre entra aquí por esta puerta principá, porque no hay otra más principá toavía.
- ANT. ¡Cualquier cosa!
- Ambrosio, padre de Antoñito y antiguo mayordomo de Doña Sacramento, es un viejo de blancos cabellos

y rostro encendido. Un rayo no lo parte. Viene del campo. Viste sombrero ancho, chaquetón al hombro, faja y zahones.

AMB. ¿Y la zeñora?

ANT. ¿Yo qué sé? ¿Soy yo el perro de la zeñora?

AMB. ¿Y yo, zoy tu criaio, *pajolero* niño? Te vas á ganá un día una bofetá por ezas contestaciones que tienes, que ze te va á queá la corbata chica. Vamos á vé qué has pintao hoy.

ANT. Como si miraras la pared. ¡Lo que tú entiendas!

AMB. Contemplando el retrato de Don Eligio y meneando la cabeza en son de burla. ¡Bendito zea Dios!

ANT. Papá, papa; contén la jaca.

AMB. ¡Bendito zea Dios! Hay en er pueblo ca patio que ze junde e flores; ca azotea que marrea la vista; ca peazo e campo que ez una gloria e Dios; ca mocita que ez un amanecé de Mayo: y to lo que ze te ocurre á tí es pintá este mochuelo.

ANT. ¡Papá!

AMB. Porque esto ez un mochuelo: con eza nariz y ezas dos reondelas en loz ojos... ¡á vé!

ANT. Vaya, tienes el don de sacarme de quicio. Coge con vehemencia todos sus trastos y echa á correr hacia la easa de labor. ¡Que te alivies!

AMB. ¡Jozús! ¡Ayá va ezo! Paece un cohetito de á ochavo. ¿A quién zardrá eze *pajolero* niño con eza *pajolero* genio? ¡Mar tin tenga la bilis! Por la escalera baja en esto pausadamente la zeñora Marquesa de los Arrayanes. Es una dama de hasta sesenta años, y de porte grave y majestuoso. En su Abril fué sin duda muy hermosa. Conserva toda la dentadura y se cuida las manos con primor. Sus cabellos son blancos; sus ropas negras y sencillas. Usa toca de seda y gafas de oro.

D.^a SAC. ¿Qué es eso? ¿qué es eso? ¿Con quién reñías?

AMB. Buenas tardes, zeñora.

D.^a SAC. Buenas tardes.

AMB. ¿Con quién había de zé? Con eze hijo que Dios me ha dao, que me va á zacá er zó de la cabeza.

D.^a SAC. Después de sentarse en un sillón. ¿Vienes del campo?

AMB. Der campo vengo.

D.^a SAC. Tengo que ir una de estas tardes.

AMB. Años hace ya que no ze ve er campo tan bonito. Hasta en la arena y en los chinarrales han zalío espigas. Por la vera er Zotiyo, zeñora, er trigo tapa ya á loz hombres.

D.^a SAC. El Señor ha oído nuestras paces.

AMB. El año pazao ze hizo er zordo.

D.^a SAC. ¿Qué dices? El Señor oye siempre á los pecadores, y puede castigarte porque dudes de su bondad infinita para con nosotros.

AMB. La zeñora me perdone. Ze me fué er tapón.

D.^a SAC. ¿La gente está buena?

AMB. Buena está toa. Y trabajando mu á gusto. Gaspariyo er del aperaó ez er que anda azi por lo mediano.

D.^a SAC. ¿Pues qué le sucede á Gasparillo?

AMB. Zeñora, que es mu bestia, y le gustan loz higos á perecé, y la otra tarde ze lió con eyos y ze comió tres varas e vayao.

D.^a SAC. ¡Ave María!

AMB. Lcz hay que no escarmientan nunca.

Dentro, hacia la casa de labor, óyese á Lucio, que se acerca al patio cantando la siguiente copla:

LUCÍO
*Vente conmigo ar molino
y zerás mi molinera,
le echarás trigo á la torva
mientras yo pico la piedra.*

Durante el canto Doña Sacramento y Ambrosio continúan hablando.

D.^a SAC. ¿Quién canta así?

AMB. Lucio, que paece una cigarra.

D.^a SAC. Bien se conoce que lleva en mi casa pocos días.

AMB. Er ze irá haciendo á los gustos de acá. No es malo, zino que ez un chiquiyo, y acostumbrao á la libertá der cortijo, no repara. A Lucio, que sale en este momento rematando su copla. ¡Caya, hombre! ¿No estás viendo que está aquí la zeñora, peazo e bruto?

LUCÍO Riéndose. ¿Cómo iba á verlo con la puerta cerrá, zeñó Ambrozic?

- D.^a SAC. Lucío.
LUCÍO ¿Qué manda zu mercé?
D.^a SAC. Ven acá: acércate.
AMB. Me da á mí er corazón que tú vas á vorvé mu pronto á agarrá el arao.
LUCÍO ¿Yo? ¿Por qué? ¿He jecho yo arguna coza mala?
D.^a SAC. Callad.
AMB. ¿Estará don Eligio en zu despacho, zeñora?
D.^a SAC. Seguramente.
AMB. Con permizo de usté voy á verlo. sube.
Lucío es un zagal algo toscó, de alma infantil y risa bulliciosa y fresca.
D.^a SAC. Oye, Lucío.
LUCÍO ¿Me va usté á reñí?
D.^a SAC. Sí que voy á reñirte.
LUCÍO Afigido. ¡Mardito zea er demonio! ¡Ezo ez arguna mentira que le han contao á usté! ¿Quién ha zío er *chivato*?
D.^a SAC. ¡Sch-s-! ¿Qué palabrota es esa?
LUCÍO *Chivato* quié deci *zoplón*, con permizo de la zeñora.
D.^a SAC. Bueno, bueno, déjame hablar á mí. Todas las tardes cuando se descorre la vela, vienen las golondrinas á los alambres y me cuentan á mí lo bueno y lo malo que se hace en mi casa durante el día.
LUCÍO ¡Míste las golondrinas también!
D.^a SAC. Esta casa, Lucío, no es una casa como las demás; es una casa seria; no lo olvides nunca. Pasas el día cantando y riendo; alborotando en la cocina, en las cocheras y en el corral. Esta mañana, durante la misa en la capilla, quitaste á todos la devoción aguantando la risa
LUCÍO Es que me jicieron gracia dos moscas que ze iban perziguiendo.
D.^a SAC. Pues cuando se oye misa, no se mira más que al altar.
LUCÍO Yo iré aprendiendo á poquito á poco.
D.^a SAC. Porque confío en que lo harás así no te he devuelto ya al cortijo.
LUCÍO Dios ze lo pague á usté. Lloriqueando. Zi usté me mandara á mí ar cortijo... ¡mardita zea!...

me tiraba ar pozo er día menos penzao, por no verme ayí.

D.^a SAC. No te apures, hombre. Tan pronto lloras como ríes. Pareces loco.

LUCÍO Es que er campo no es pa mí, zeñora. Ayí loz hombres no zon más que unas bestias, y yo quieo zé un hombre como loz hombres. No me parió mi madre á mí...

D.^a SAC. Reporta tu lenguaje, Lucío.

LUCÍO ¿También está mar dicho que me parió mi madre? Po zi no me parió mi madre, ¿qué jizo entonces? Enzénamelo usté, doña Sacramento, que nadie nacemos zabijondos.

D.^a SAC. Calla, calla.

LUCÍO Lo que yo he querido decí, zeñora, zino que por lo visto me iba expriezando malamente, es que yo no he venío ar mundo pa destripá terrones. ¡Ze ma figura á mí! ¡Tengo yo muchas cozas en la cabeza!... Er manijero der cortijo ze queaba embobao oyéndome hablá. Er manijero y tos. Una noche en la gañanía me puze á jacé una explicación de laz estreyas, y de cayaos que estaban loz hombres, jasta er viento ze zentía corré por los trigos.

D.^a SAC. Bien, bien. Ya sé que eres listo; aunque está mal que te alabes de ello; pero si no te enmiendas pronto, á la gañanía volverás á seguir embobando á los gañanes.

LUCÍO Güeno, vamos á vé: ¿qué es lo peó que he jecho: lo de las moscas?

D.^a SAC. Son muchas cosas juntas: de sobra lo sabes. Ayer metiste por el postigo á unos amigotes, y hubo en la casa de labor vino y fiesta.

LUCÍO ¿Quién habrá zlo er *chivato*? No quizea más que cogerlo pa darle azin en mitá e la cara.

D.^a SAC. ¡Lucío!

LUCÍO Lo que pazó, zeñora, es que vinieron tres paizanos á verme, con un chavá que ze ha criao conmigo y ya está jecho un hombre, y yo me alegré mucho y le zaqué un *verzo*. Le dije digo...

D.^a SAC. No lo quiero saber.

- LUCÍO Zi es pa que vea zu mercé que no es ninguna picardía. Le dije digo...
 «Este amigo que está aquí
 ze yama Francisco Ozuna;
 y por ezo es menesté
 que pague er vino y las acitunas.»
Se ríe escandalosamente.
- D.^a SAC. Mira, mira; no te rías así.
- LUCÍO Me río porque tuvo que convidarnos. ¿También está malamente reirze?
- D.^a SAC. Con escándalo, sí. ¿O te piensas que sigues aún en lo alto de los cerros?
- LUCÍO ¿Yo que ví á penzarme, zeñora?
- D.^a SAC. Silencio. La oración. Principia á oirse lejos el toque de Ángelus. Atraídos por él, y según costumbre de la casa, vienen todos los criados y servidores á rezar la oración donde está la zeñora. Lucío le abre el portón á Diego, el cochero; por la puerta de la casa de labor salen Frasquita y Carmen, criadas viejas, y por la escalera bajan Ambrosio y don Eligio. Este último vestido ya con su traje ordinario de americana. Cuando están todos doña Sacramento pregunta: ¿Y mi hijo?
- D. ELIG. Zeñora, no lo sé. Presumo que se hallará en sus habitaciones.
- D.^a SAC. Con tristeza. Hasta de esto se olvida. Comenzando á rezar. «El Angel del Señor anunció á María, y concibió del Espiritu Santo. Ave María, Dios te salve, María...» Continúa rezando entre dientes.
- CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...» Siguen ellos lo mismo.
- D.^a SAC. «He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra. Ave María, Dios te salve, María...»
- CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...»
- D.^a SAC. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Ave María, Dios te salve, María...»
- CRIADOS «Santa María, Madre de Dios...»
- D.^a SAC. Después de terminar la oración entre dientes. Amén. Se santiguan. Buenas noches.
Todos se santiguan también y contestan á las buenas noches, aunque claro está que no á coro. Luego, primero D. Eligio y después los demás, van besando

uno á uno la mano de la señora. Ambrosio y las criadas se entran en la casa de labor; Diego, por el portón, que deja entornado, vuelve á las cocheras; Lucio se va arriba, y D. Eligio se queda en el patio. Hay una pausa.

D. ELIG. Calándose los lentes redondos, como en todos los momentos solemnes. ¿En qué piensa mi señora la marquesa?

D.^a SAC. Amigo Frías, ¿en qué he de pensar? Usted lo sabe.

D. ELIG. Le ha disgustado á la señora que el señor marqués no baje á rezar la oración.

D.^a SAC. No es eso sólo. Es que parece como que se goza en mortificarme, desdeñando ó tomando á burla todas las severas prácticas de esta casa.

D. ELIG. Sí, señora; es muy cierto.

D.^a SAC. Ayer tarde vinieron á verme el señor vicario, el señor Marqués de la Cava y doña O, personas las tres graves y sesudas, y él se pasó toda la visita divirtiéndose cuanto pudo á costa de ellas. Si no se marchan pronto tienen que sangrarme.

D. ELIG. En ese respecto el señor marqués es incorregible. A mí, según el dicho vulgar, me trae frito.

D.^a SAC. Le consta que es tradición de la familia que la puerta de esta casa se cierre todas las noches á las diez. Pues bien: una noche que pase aquí, ha de recogerse lo más temprano á las diez y media, para que la puerta no se cierre á las diez, y alterar la costumbre, y dar que decir á la gente.

D. ELIG. Y lo que es más grave, mi señora: entra á las diez y media por el portón y á las once se va á la calle por el postigo.

D.^a SAC. ¿Por el postigo? ¿Qué me cuenta usted? ¿Y á donde va tan á deshora, señor de Frías?

D. ELIG. Señora marque-a, no lo sé; pero sospecho que no irá á contemplar la ciudad á la luz de la luna.

D.^a SAC. ¿Ve usted? Cada viaje de mi hijo á esta casa me cuesta á mí un año de vida. ¿Quiere usted mayor suplicio para una madre

- que adora en él? Ayer de mañana llegó, y ya estoy deseando que se vaya.
- D. ELIG. Y yo: con todos los respetos.
- D.^a SAC. Sí, sí; que se vaya otra vez á Madrid, ó á Granada, ó á Sevilla, ó á donde quiera; á vivir solo como un aventurero; á arrastrar su título por el Albaicín ó por Triana; á derrochar su hacienda con mujeres indignas y con amigos de la peor estofa; á envenenar su cuerpo, á perder su alma, y á entregarla al diablo. ¡Ay! ¡Soy muy desgraciada, amigo Fría! ¿A quién saldrá ese hijo con esa cabeza tan loca?
- D. ELIG. A mí no...
- D.^a SAC. A u-t-d no tenía por qué salir.
- D. ELIG. Perdone. A mí no se me alcanza.
- D.^a SAC. ¡Ah!
- D. ELIG. Porque el señor marqués, su señor padre, fué siempre hidalgo de muy caballerosas costumbres, y mesurado en el hablar.
- D.^a SAC. ¡Oh, si mi marido levantara la cabeza, y viera que su único hijo, el actual marqués, tiene cubiertas las paredes de su dormitorio, en el palacio solariego de los Arrayanes, con retratos de cómicas y de bailarinas!... ¡Oh!
- D. ELIG. Y una Venus de Médicis encima de la mesa de noche.
- D.^a SAC. ¿Usted la ha visto, señor administrador?
- D. ELIG. Sí, señora; pero desde el punto de vista artístico; como un tal hombre como yo puede ver esas desnudeces.
- D.^a SAC. Ya. Y dígame usted, querido Frías, puesto que hay que hablar de ello: ¿Julio habrá venido por dinero, como siempre?
- D. ELIG. Nunca viene á otra cosa.
- D.^a SAC. ¿Debe?
- D. ELIG. Hasta el modo de andar, según otro dicho del vulgo, que á las veces acierta con lo gráfico de la expresión.
- D.^a SAC. ¿Y cuánto quiere?
- D. ELIG. ¿Lo digo?
- D.^a SAC. ¿Pues no lo pregunto?
- D. ELIG. Basta. Necesita... dice que necesita veinte mil pesetas.

D.^a SAC. ¡En el nombre del Padre!
D. ELIG. Esa fué mi exclamación al oirlo, señora marquesa. Y añadí: y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Baja Lucío y enciende las luces de la escalera, del zaguán y del patio. Luego se va á la casa de labor.

D.^a SAC. Niégueselas usted en redondo. Que hable conmigo. ¿Se ha propuesto quizás que concluyamos por pedir limosna?

D. ELIG. Es literalmente insensato, si la señora marquesa me permite expresarme así.

D.^a SAC. Insensato; insensato. Bien claro lo vió usted, mi querido Frías: mi hijo hallaba un freno en la disciplina militar; pidió su reemplazo en Madrid pretextando el deseo de vivir en mi compañía, y no sólo no vive conmigo, sino que ha dado á sus vicios rienda suelta.

Pausa. Sale por el portón la Chacha Pepa. Es una viejecita del pueblo, que habla á tontas y á locas, chocha ya por el peso de los años.

CHACHA ¿Ze pué pazá?

D. ELIG. ¿Otra vez aquí?

D.^a SAC. ¿Quién? ¡Ah! La chacha Pepa. ¿Qué quieres?
CHACHA Dios guarde á usted, doña Sacramento. ¿No ha venío la niña toavía?

D.^a SAC. Si la niña no viene hasta el domingo, mujer.

D. ELIG. Si ya hemos quedado en avisarte, Pepa.

CHACHA No ze incomode usted, don Ramón. Doña Sacramento, dígame usted que no ze incomode. Hágame usted cargo, que la he tenío en mis brazos, que le he cantao la nana, que le he dao mi zangre... y que ya va pa veinte años que no la veo. ¡Niña de mi via, qué ganas tengo de comerle á bezos la cara!
¿Vendrá con er marío, no?

D.^a SAC. ¿Estás loca, chacha? ¿De dónde sacas que mi sobrina se ha casado?

CHACHA ¡Ay, qué gorpe! Aquí está don Pedro que me lo dijo.

D. ELIG. ¿Dónde está don Pedro?

CHACHA ¿Usted no es don Pedro? ¿Pos cómo ze yama usted, que ziempre me trabuco?

- D. ELIG. Don Eligio. Y yo no he podido decirte palabra de ese casamiento.
- CHACHA ¿No?
- D. ELIG. No.
- D.^a SAC. Es que te has confundido, Pepa.
- CHACHA ¿Zí?
- D.^a SAC. Sí. El que se ha casado es mi pariente don Alfonso, el señor Conde de la Luz. ¿Tú no te acuerdas de él?
- CHACHA ¿No tengo de acordarme? A mí las cosas de acá no ze me orvían. Eze don Arfonzo y la madre de la zeñorita Conzolación eran hermanos.
- D.^a SAC. Justamente. Y fué quien se hizo cargo de la niña, cuando murió su padre, mi pobre hermano Rafael.
- CHACHA ¡Ah, don Rafaé! ¡Cómo ze me representa á mí don Rafaé! Andaba azín: con los brazos mu meneaos. ¡Miste que cazarze ahora don Rafaé!
- D. ELIG. ¿Cómo don Rafael?
- CHACHA Digo, don Rafaé: pobrecito. ¿Don Alonzo, no ez er que ze ha cazao?
- D. ELIG. ¡Don Alfonso!
- CHACHA ¿Qué más da don Arfonzo que don Alonzo? ¿Y con quién ze ha cazao, á la edá que tiene er güen zeñó?
- D.^a SAC. Mujer, ya te lo hemos dicho cien veces: con una joven de Solar del Rey, donde reside.
- CHACHA Ay, zí señora, zí. Po zi er motivo de venirze acá la zeñorita Conzolación es que no ze yeva bien con la zeñora de don Arfonzo. ¿No es verdá?
- D.^a SAC. Verdad.
- CHACHA ¿Ve usted como me acuerdo mu bien? No ze enfurruñe usted, zeñó, que ya me voy. ¿De manera que la niña viene aluego?
- D. ELIG. ¡No!
- CHACHA Güeno, pos quié deci que usted me mandará una razón azina que yegue. De eza manera no incomodo. Miste que mi pobrecito Juan está impedío, y no hace más que pincharme pa que venga á preguntá por la niña. Y yo, que necezito poco, pos nos jun-

tamos el hambre y la gana e comé. ¡Zeñó, zi mis brazos han zío zu cuna, zi la he enzeñao á hablá, zi le he dao la zangre e mis venas!... Estará ya hecha una rear moza. ¿Quién me contó á mí que la había visto y que era mu bonita? Mi comadre, la mujé de mi compadre Antonio, que vino aquí por una promeza. ¡Ay zeñó, cómo vuela er tiempo! Ya me voy, ya me voy. Doña Sacramento, que usté ziga güena. Don Benito, quéeze usté con D os.

D.^a SAC.

Adiós, chacha.

D. ELIG.

Adiós, mujer, adiós.

Vase por el portón la Chacha Pepa, charlando sola.

D.^a SAC.

Esta infeliz de Pepa no sabe ya dónde está de pie.

D. ELIG.

No lo sabe.

D.^a SAC.

Verdadera nente chochea. Y la noticia de la llegada de mi sobrina Consolación, á quien ella ha criado, le ha vuelto el poco juicio que le quedaba.

D. ELIG.

¿La señorita Consolación llegará seguramente el domingo próximo?

D.^a SAC.

Con la voluntad de D os así será. Al menos tal me dice en su última carta. Deseo verla aquí. Espero hallar en ella una consoladora e compensación á las amarguras que me proporciona mi hijo.

D. ELIG.

Amén.

D.^a SAC.

Es joven; es rica; seguramente es buena. Gozo yo, amigo Frías, encauzando estas vidas juveniles que el azar, ó la mala educación, ó la falta de sentimientos cristianos puede malograr ó perder.

D. ELIG.

Aquí baja el señor marqués de los Arrayanes. Con la venia de la señora marquesa, yo me quito de enmedio.

D.^a SAC.

Así como así, deseo conversar á solas con mi hijo.

D. ELIG.

No lo olvide usted: veinte mil pesetas.

Se va por la puera de la derecha como gato que teme una pedrada. Julio que lo ve, baja las escaleras riéndose. Es un muchacho alegre y decidor, fuerte y sano, y nada gomoso. Viste un traje sencillo de casa.

- D.^a SAC. ¿De qué te ríes, Julio?
JULIO Del gran don Eligio, que se escabulle en cuanto me ve. Me teme más que á un tiro con sal.
- D.^a SAC. Justificadamente, por supuesto: lo mortificas con tu informalidad y con tus chanzas de mal gusto.
- JULIO Eso te cuenta él; pero lo que hay es que le he descubierto una aventurilla amorosa que tiene por el barrio de los gitanos.
- D.^a SAC. Mira, Julio; tus chocarrerías me lastiman á mí más que á él. Don Eligio es incapaz de lo que le atribuyes. Don Eligio es un hombre serio.
- JULIO Ay, mamá, perdóname, pero se la tengo jurada á esos que tú llamas hombres serios.
- D.^a SAC. Así andas tú, mala cabeza. Tenemos que hablar, y no poco.
- JULIO ¡Hola! ¿El sermón de todos los viajes? Pensé que esta vez me escaparía.
- D.^a SAC. ¿Estás decidido á marcharte mañana?
JULIO Decidido.
- D.^a SAC. ¡Y viniste ayer! ¿A Granada, naturalmente?
JULIO Naturalmente.
- D.^a SAC. Ahora sopla el viento de Granada.
JULIO Es una tierra hermosa. En ninguna de las que yo conozco se ama la vida tanto como allí.
- D.^a SAC. ¿Ni en Alminar de la Reina, al lado de tu madre?
JULIO No te enfades, mamá; á tu lado viviría yo siempre. Cuando no vivo es porque no puedo. Somos incompatibles. Vemos la vida de distinta manera, y desde este momento, al hacer yo la mía, amargo la tuya sin querer. Para tí la vida es un martirio: para mí es un regalo. Para tí el mundo es un valle de lágrimas: para mí es un campo de flores. Tú quieres vivir encerrada en un calabozo: yo quiero que me dé el sol en la cara. Si la vida es alegre, como creo, ¿por qué entristecerla? Y si es triste, como piensas tú, ¿no es humano alegrarla un poco?

- D.^a SAC. ¡Alegrar la vida! ¿Y tú le llamas alegrar la vida á vivir como vives?
- JULIO ¡Claro! ¿No es alegre mi vida?
- D.^a SAC. De puro alegre es loca.
- JULIO Pues ya ves si la llamo bien.
- D.^a SAC. Bueno, Julio: esto es menester que concluya.
- JULIO ¿Esto? ¿Y qué es esto?
- D.^a SAC. No finjas. Sé á lo que has venido.
- JULIO Don Eligio, el administrador, me parece que también sabe algo.
- D.^a SAC. Déjate de burlas. Sé como vives. ¿No te avergüenza que á todo un marqués de la ilustre casa de los Arrayanes, en una ciudad como Granada le señale la gente por derrochador y por tramposo?
- JULIO Con gravedad cómica. ¡Ah, sí! Me avergüenza que me señalen por tramposo. Por eso quiero pagar cuanto antes, para evitar una cosa tan fea.
- D.^a SAC. Y volver á empezar la madeja, ¿verdad? ¿No te enciende la cara que de una mujerzuela de mal vivir se diga en todas partes: «Ésa es la... *amiga* del marquesito?»
- JULIO Lo primero, mamá, que quien me critique por eso, es porque deplora que no pueda decirse lo mismo de él; y lo segundo, que eso no es más que un sueño, hijo de tu candoroso prejuicio de cierta vida.
- D.^a SAC. ¿Vas á negarme á mí lo que se pregona á los cuatro vientos? ¿Crees que yo, por desgracia, no sé que la afición á las mujeres te domina, te ciega?
- JULIO Ni me domina ni me ciega; es simplemente que me gustan á perecer. Más te digo; creo que sin ellas no valdría la pena de vivir en el mundo. Por algo Dios, que es tan sabio, ha creado siete mujeres para cada uno de nosotros.
- D.^a SAC. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué disparate!
- JULIO Estoy convencido, mamá. En la vida de cada hombre, ocultas ó á la luz del sol, hay siete mujeres. Sólo que yo tengo la franqueza de confesarlo, y los hombres serios le

- dicen al mundo que van al casino, ó á una junta cualquiera... ó á velar á un enfermo... y yo sé adonde van.
- D.^a SAC. ¡Silencio, Julio! Cuando te oigo desbarrar de esa manera, cada día más despeñado hacia tu perdición, temo y des^{eo} al mismo tiempo que estos venerables retratos que nos escuchan se animen con vida momentánea tan sólo para acusarte y confundirte.
- JULIO ¡Mamá, por Dios, mamá! Que aquí estamos hablando familiarmente y en confianza; que no estamos ante la historia, que miente mucho. Si cualquiera de estos varones antepasados míos, á quien yo venero y respeto como hombres de honor, sintiera de improviso correr por su cuerpo un soplo de vida, no dudes que lo aprovecharía para decirme: «Julio, vámonos á conocer á esa moza.»
- D.^a SAC. ¿Qué estás diciendo?
- JULIO La pura verdad. Señalando sucesivamente á varios retratos. Mira: el primer marqués de los Arrayanes, don Gonzalo de Miranda, dejó al morir siete bastardos nada menos.
- D.^a SAC. ¡Julio!
- JULIO Eso que se sepa. El venerable y reverendo Fray Tomás, modelo de virtudes, dejó...
- D.^a SAC. ¡Julio!
- JULIO Dejó un hospital para leprosos, cuando ya el buen señor no podía dejar otra cosa. El diablo harto de carne... Sor Teresa de la Caridad...
- D.^a SAC. ¡Calla!
- JULIO Sor Teresa...
- D.^a SAC. ¡Te mando que calles! ¿No contento con prostituir tu presente, osas manchar y escarnecer tu pasado?
- JULIO Nada de eso, mamá; recuerdo sólo los hechos que fueron; declaro la verdad lisa y llana. Tu mismo abuelo, hombre intachable, aunque de buen humor, escribió un libro lleno de gracia, que á escondidas leí yo cuando niño, y en el cual pude ver impresas todas esas hazañas que ahora te escandalizan tanto.

- D.^a SAC. Ese libro se quemó y no hay que hablar más de él.
- JULIO Pues no debe quemarse ningún libro que diga la verdad.
- D.^a SAC. La verdad, la única verdad que aquí existe, es que eres incapaz de enmienda; es que me hieres con tus liviandades; es que me matas con tu falta de seso, con tu ausencia de moralidad, con tu desdén por cuanto yo más amo y venero. ¡Oh! No eran como tú ciertamente aquellos mozos de Alminar de la Reina que en la bodega de esta casa se adiestraron en el manejo de las armas y que luego se batieron en Bailén.
- JULIO No, no eran como yo: ciertamente valían más que yo. Pero tampoco eran como esos á quien tú llamas ejemplares y con quienes me das en cara á cada paso. Digo de estos de ahora, frívolos, hipócritas, calculadores... á los veinte años; incapaces de apasionarse ni por una mujer ni por una idea; jóvenes sin juventud, negros como sotana por dentro y por fuera, que no llevan en la cabeza mas que el plan de una buena boda, ajustando á la novia como una finca ó como una jaca. Créeme, mamá; créame usted, señora marquesa de los Arrayanes; seguramente se parecían más á mí que á estos otros aquellos mozos que se batieron en Bailén. Y doblemos la hoja, que por excepción me he puesto serio, y temo parecerme á don Eligio, que sería lo peor.
- D.^a SAC. ¿Quieres dejar en paz á don Eligio? Este buen hombre, honrado administrador de nuestros bienes, merece todos mis respetos.
- JULIO Y los míos. Y aun pienso darle un beso en cada mejilla, con mucho cuidado para no desteñirle el bigote, en cuanto me entregue lo que le he pedido.
- D.^a SAC. ¡Oh! En ese particular, ya tiene mis órdenes más terminantes.
- JULIO Las quebrantaré de seguro.
- D.^a SAC. ¿Cómo?
- JULIO De seguro. ¿No ves que lo domino? Tengo

su secreto... y el hombre que tiene el secreto de otro, es su amo. Además, pienso llegar para ablandarlo hasta la adulación más baja. El ha escrito un libro de erudición, al que no hay manera de hincarle el diente. Tiró mil ejemplares, y hoy tiene en casa cerca de dos mil. La edición ha crecido, que es el colmo de no venderse. Pues en cuanto le diga yo que sé de dos ó tres compradores entusiastas... no resiste. Se vuelve loco y se me rinde sin condiciones.

D.^a SAC Tú sí que eres loco de atar.

A la puerta de la calle se supone que para un coche, cuyo cascabeleo se ha sentido y se ha ido acercando momentos antes.

JULIO ¿Qué es eso, un coche?

D.^a SAC Así parece.

JULIO Y ha parado aquí.

D.^a SAC. ¿A estas horas? Lo extraño mucho.

DIEGO Asomándose alborozado por la ventana del zaguán.
¡Doña Sacramento! ¡Doña Sacramento!

D.^a SAC. ¿Qué pasa?

DIEGO ¡Que aquí está ya la señorita Consolación!

D.^a SAC. ¿Mi sobrina? ¿Qué dices, hombre?

DIEGO ¡La mismita! ¡La mismita en persona! ¡Místa!
tela! Retrase corriendo hacia la puerta.

JULIO ¡Cuánto me alegro! Así la conozco antes de irme.

D.^a SAC. Pero si no puede ser... si no debía llegar hasta el domingo. A Don Eligio, que sale por donde antes se fué. ¿Usted oye esto, amigo Frías?

D. ELIG He oído los cascabeles de un vehículo.

D.^a SAC. ¡Pues creo que es mi sobrina que ha llegado!

D. ELIG ¿Su sobrina? Lleno de asombro. ¿Sin telegrama previo? Vamos á ver, vamos á ver...

JULIO Atisbando por la ventana. ¿Hola, hola? ¡La primita es guapa de veras!

Dirigense todos al portón, á tiempo que por él llegan Consolación y Coralito, su doncella. Consolación es lo mejor que ha salido de Alminar de la Reina, con permiso del administrador de la casa. Fuerte, agil, inquieta, revoltosa, llena de salud, de alegría, lleva el sol en el alma y en los ojos. Su doncella, muy linda por cier-

to, es más presumida que una mona. La entrada de ellas es triunfal. Empujando el portón entreabierto, penetra Consolación en aquel patio como el sol por las claraboyas de un castillo en ruinas. Llega, por decirlo así, á despertar la casa; á sacudir á sus moradores. No queda gato ni perro que no salga á darle la bienvenida y no se regocije de verla allí. Viste de blanco, y en la mano trae un gran ramo de flores.

- CONS ¡Tía!
- D.^a SAC. Pero ¿eres tú, demonio? se abrazan y se besan.
- CONS. ¿No me esperaba usted, verdad?
- D.^a SAC. ¡Hasta el domingo!
- CONS. ¡Pero qué bien está usted! ¡Y qué guapa! ¡Parece que no pasan los años!...
- D.^a SAC. ¡Vaya si pasan! Don Eligio, ¿quién la conoce?
- CONS ¡Ay, don Eligio! No había reparado... ¿Qué tal, don Eligio?
- D. ELIG Defendiéndonos del tiempo implacable. ¿Y usted, señorita?
- CONS. Ya usted me ve. A usted lo hallo más joven, si cabe.
- JULIO Es que se tiñe.
- CONS. ¿Cómo? Confundiendo á Julio y saludándolo con gran efusión. ¡Pacheco! ¿Usted aquí? ¿Cómo le va, Pacheco?
- JULIO A Pacheco, no sé. A mí no me puede ir mejor.
- CONS. ¿No es usted Pacheco?
- JULIO No soy Pacheco. Y lo siento mucho, en vista del éxito de Pacheco.
- CONS. Pues tiene usted su misma cara.
- JULIO Pues acompaño á Pacheco en el sentimiento.
- D.^a SAC. ¡Muchacha, si es tu primo!
- CONS. ¿Julio? ¿Este es Julio?
- JULIO Sí, prima, sí: Julio soy.
- CONS. ¡Jesús! ¿Quién lo había de pensar? ¡Si hace ya más de veinte años que no nos vemos! Pero ¿no me escribió usted, tía, que este no estaba aquí?
- D.^a SAC. Y no estaba.
- JULIO He venido á conocerte nada más. ¿Verdad, don Eligio?
- D. ELIG Nada más.

CONS. Muchas gracias, hombre. No lo creo, pero muchas gracias. ¡Mira que hemos corrido y saltado por este patio! ¿Te acuerdas, Julio? ¡Pero qué bien los encuentro á todos! Hasta Diego se conserva como un chiquillo. ¿Qué vino se bebe en esta casa? ¿Y Cinta, Diego, y Cinta?

DIEGO Tan güena que está.

CONS. ¡Pobre Cinta! ¡Cuánto la hacía rabiarse cortándose las orejas á los gatos! ¡Ja, ja, ja! El patio es el que me parece más chico. ¡Claro, como yo soy mayor! Mañana mismo, tía, hemos de ir á la casa en que yo nací. ¿Quién vive allí ahora? ¡Le advierto á usted que traigo en la cabeza un revoltijo de recuerdos de mi niñez!... ¡Lo que yo voy á gozar andando por las calles de Alminar de la Reina! En el tren se lo decía á Coralito. Ven acá, Coralito. Presentándola. Tía, mi doncella.

COR. Coralito Moreno y Rivas, para servir á usted y á todos.

JULIO Gracias, Coralito Moreno y Rivas.

CONS. Qué guasón es mi primo. Ahí donde usted la ve, es una gran persona esta muchacha. Y me quiere á morir. Lo malo es que voy á perderla pronto, porque saca novios hasta en el desierto.

D. ELIC. Alarmado. ¿Sí, eh?

JULIO Se explica.

COR. Mirándolo con un caramelo en cada ojo. Gracias.

CONS. ¡En el tren nos hemos reído!... Un señor cura que venía acompañándonos, y que mañana pasará á saludar á usted, enseñaba hasta la última muela. Todo porque esta ha hecho tres conquistas durante el viaje: una de primera, otra de segunda, y otra de tercera.

COR. De segunda, dos.

CONS. Es verdad, dos; el teniente de Carabineros y el otro.

COR. La señorita Consolación tiene muy buen genio y le gusta cirme. Todo eso de las conquistas es guasa suya. No ha habido más sino que los hombres la miran á una... y

una no va á taparse la cara con er pañuelo. Coralito pronuncia las eses como si tuviera un diente roto. Principian en este punto á salir de la casa de labor las figuras de segundo y de tercer orden, algunas de las cuales ya revelaban su impaciencia y su curiosidad asomándose con disimulo á la puerta.

AMB. Con permizo de los zeñores, yo vengo á zaludá á la zeñorita.

CONS. ¡Hola, Ambrosio! ¿Qué tal?

AMB. Vamos viviendo. A usté ya la veo como una roza...

CONS. ¿Y tu mujer?

AMB. A mi mujé no hay quien le dé una pena.

CONS. ¿Y Antoñito? ¿No se llama Antoñito?

AMB. Antoñito ze yama. A pintó ze ha metío. Ayá veremos lo que zale.

CONS. ¿Y Joaquina?

AMB. Joaquina, mejorando lo prezente, es la honra e la caza. ¡Jozús, qué criatura! No tiene fin de bonita, zeñorita Conzolación.

CONS. ¡Digo! ¡Si está aquí Carmen! ¡Y Frasquita! ¡Jesús, Jesús! ¡Se me figura que no me he ido de Alminar de la Reina!

Empiezan á repartirse besos que suenan lo mismo que cohetes.

CAR. Señorita Conzolación, me alegro de verla tan lusía.

FRAS. Que sea usté bien venía, señorita Conzolación.

CONS. Ya me tienen ustedes aquí á darles trabajo.

CAR. Señorita Conzolación, usté no da trabajo.

FRAS. Y á eso está una, señorita Conzolación.

CONS. Por Lucío que la mira embobado. Y este, ¿quién es? A este no lo conozco.

LUCÍO Ni yo á usté, zeñorita.

JULIO Ah, pues hay que presentarlos en el acto. La señorita Conzolación y el animalote de Lucío.

Lucío suelta una carcajada escandalosa, que secundan todos los que no son personas serias.

D. ELIG. En tono repressivo. ¡Lucío!

LUCÍO ¡Me ha jecho gracia er zeñorito don Julio! ¡Como me ha yamao animalote! Pos ya zabe la zeñorita Conzolación que pué mandá á

Lucío jasta que ze tire por er barranco, zi tiene la zeñorita eze gusto.

D.^a SAC. Calla, Lucío, calla.

Preséntase de improviso la Chacha Pepa, arrebatada y temblorosa de emoción y de júbilo. Materialmente se come á besos á Consolación, pero con «entre actos» en que la contempla hechizada.

CHACHA ¿Ande está? ¿Ande está? ¡Hija de mi arma!
¡Hija de mi corazón y de mi zaugre!

CONS. ¡Chacha Pepa!

CHACHA ¡Hija de mi vía! ¡Déjame que te coma! ¡Me traían engañá! ¡Me querían hacé creé que no venías nunca! ¡Pero á mí ze me puzo en er corazón que iba á verte esta noche!

CONS. ¿Y Juan, chacha?

CHACHA Bardao lo tengo ar pobrecito. ¿Tú vendrás á verlo, verdá mi arma?

CONS. ¡Vaya si iré!

CHACHA ¡Ay, qué retegüena y qué retehermoza te ha parío tu madre!

LUCÍO Zeñora, ¿ze quié usté cayá?

CHACHA ¿Yo? ¿Por qué?

LUCÍO ¡Porque en esta caza no está bien decí que lo ha parío zu madre á uno!

JULIO ¿Qué dice este salvaje?

CHACHA Yo hablo aquí to lo que ze me venga á la boca. ¡Hija de mi corazón, Dios te bendiga! ¡Qué guapízima estás! ¿No es verdá, doña Sacramento, que paece la Virgen der Carmen?

D.^a SAC. Sí, sí; pero basta ya, chacha Pepa. Déjala, que te vas á poner mala de alegría.

D. ELIG. Y cada uno á su quehacer y á su puesto, que se hace harto prolijo el capítulo de expansiones.

D.^a SAC. Aguardad un segundo. Mi sobrina, la seño-rita Consolación, viene á vivir conmigo. Quiero para ella igual consideración é igual respeto que para mí. No lo olvidéis. Y tú, sobrina, ven arriba ahora y te llevaré á tu departamento. Tenemos que hablar mucho.

CONS. ¡Y tanto, tía! ¡Qué casa aquella! El pobre de tío Alfonso..

D.^a SAC. Calla. A solas me dirás...
CONS. Ea, pues vamos á donde usted me lleve.
CHACHA ¡Adiós, niña mía! ¡Adiós, lucero!
CONS. Adiós, chacha: que vengas.
CHACHA ¿Tú no vas á dí á vé á mi Juan?
CONS. ¿No te he dicho que sí?
CHACHA Pos mañana mejó que pazao. ¡Adiós, reina
der cielo! ¡Adiós, ¡impoyo bonito!

D. ELIG. ¡Basta ya! ¡basta ya! ¿Cómo ha de de-
cirse?

CHACHA ¡Cáyeze usté, don Dificurtaes, que gruñe
usté más que er carriyo de un pozo!

Doña Sacramento y Consolación se encaminan hacia la escalera. Coralito las sigue. Los otros criados van á retirarse también. En este momento, Lucio, que está en primer término, con la mirada distraída y un dedo en la boca, sale con la siguiente improvisación:

Lucío «La zeñorita ha yegao
mu graciosa y mu bonita;
parece una fló der campo;
Dios bendiga á la zeñorita.
Y con zu tía, aquí prezente,
y don Julio, mucha zalú les dezea
zu zervidó que lo es
Lucío Fernández y Perea.»

El poeta, entre satisfecho de su obra y corrido, suelta otra carcajada que estremece el patio. Doña Sacramento sonríe con cierta benevolencia; don Eligio se pone más serio que nunca, porque le molesta la incorrección de los versos, y porque el poeta se ha olvidado de citar lo á él; los demás ríen y charlan á un tiempo, comentando la buena ocurrencia de Lucío y la belleza de la señorita. Tía y sobrina, con la doncellita a la zaga, siguen subiendo las escaleras. Consolación ríe de muy buena gana.

CONS. ¡Ay, qué demonio de muchacho! Ha tenido
sombra de veras.

COR. Es gracioso ese hombre.

CHACHA ¡To ze lo merece el ánger mío! ¡To, to, to!

AMB. Eze chiquiyo no ze paga con oro.

DIEGO Ha estao mu salao.

CAR. Ha estao mu oportuno.

AMB. ¡Y qué bonita está la zeñorita!

FRAS. Está presiosa.

CAR. Está hecha un lusero.
AMB. ¡Mujeres azí es lo que debía pintá mi niño!
 ¡Mardita zea!...
JULIO Lucío, venga esa mano; eres un gran poeta.
D. ELIG Abrumado por tal algarabía. ¡Ay, ay, ay, ay!...

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

Doña Sacramento, sentada en uno de los sillones, lee un libro forrado de pergamino. De pronto, á lo lejos, óyese el voltear de las campanas de una torre, que repican como si algún suceso fausto ocurriese en Alminar de la Reina, ó como si los campaneros se hubieran vuelto locos. A los ojos de la noble dama, que deja la lectura, asoma el asombro más grande. Don Eligio sale por la puerta de la derecha, con una pluma de ave en la oreja, y en un gesto tal de estupefacción, que no parece sino que le han dicho que la edición de su libro se agota por puntos.

- D. ELIG. ¿Oye usted, mi señora?
- D.^a SAC. Oyendo estoy, querido Frías. ¿Qué repique es este?
- D. ELIG. En Dios y en mi ánimo que no adivino cuál pueda ser la razón de tan desatado campaneo. Hallábame ordenando los apuntes para mi conferencia de esta noche, sobre el empleo del *la* en el dativo femenino—yo soy *laista*,—cuando el recio tole tole de las campanas me distrajo de mi tarea.
- D.^a SAC. ¿Mañana es fiesta de guardar?
- D. ELIG. Para mi santiguada que no.
- D.^a SAC. ¿Las campanas son las de Nuestra Señora del Carmen?
- D. ELIG. Ellas me parecen.

- D.^a SAC. Y repican con desusada furia. ¡Bah! Pronto hemos de saber á qué se debe todo.
- D. ELIG. Así es la verdad. Va á irse y vuelve. Dígame, doña Sacramento: ¿aún no ha regresado la señorita Consolación?
- D.^a SAC. Aún no ha regresado. ¿Tuerce usted el gesto, amigo Frías? A ver, á ver...
- D. ELIG. Si la señora me lo permite le diré que el paso de hoy no merece mi aprobación.
- D.^a SAC. ¡Ay, señor don Eligio! Ya lo he podido comprender. Yo estoy contrariadísima. Pero vinieron sus amigas por ella, y no supe oponerme á su resolución.
- Cesa el repique.
- D. ELIG. ¿Quiere decirme la señora qué lección sería ha de sacar la señorita de la boda de unos gitanos?
- D.^a SAC. Y menos mal si todo se quedara en la boda; pero de seguro habrán llegado frente á sus cuevas, donde tendrán zambra todo el día.
- D. ELIG. ¡Lamentable espectáculo! Las danzas de las gitanillas son harto deshonestas, y sus cantares, chabacanos y libres, pican que rabian.
- D.^a SAC. Cierto es.
- D. ELIG. La señorita Consolación, señora marquesa, tiene el diablo en el cuerpo, como suele decirse. Esa alegría suya, desenfrenada, atolondradora, febril, entiendo yo que debe ser combatida por todos los medios. La encuentro peligrosísima á sus años, y desde luego poco señoril y poco seria.
- D.^a SAC. Amigo Frías, ha ido usted á poner el dedo en la llaga. Mi sobrina me tiene disgustadísima. Diez días lleva aquí, y Dios sabe cuántas contrariedades me ha causado ya. Su genio alegre, como usted ha dicho muy bien, es realmente perturbador é incontrastable. Nada le intimida: nada respeta. En esta casa, donde había el silencio de un claustro, se oye ahora por todas partes un loco reír y un charlar sin tregua ni reposo.
- D. ELIG. Además, señora, ¿qué viene á ser esto de recibir aquí, á cualquier hora del día ó de la noche, á todo el que llama á esa puerta?

Quando no es el Tío Carando, que la vió nacer, es la Tía Pílonga, que la vió abrir los ojos; cuando no es el Tuerto de la Plaza, que le debe el estanco á su señor padre, es otro lisiado cualquiera que viene á pedirle una limosna. Y aquí el ama; y aquí el marido del ama en una silla, porque está baldado; y aquí los seis hijos del ama; y aquí todos los criados y criadas que fueron de su casa paterna, y aquí el pueblo entero, ¡qué diablo! Y una de besar, y una de reir, y una de charlar, que no me permiten poner una coma en su sitio. Esto no, señora marquesa, esto no.

D.^a SAC. Pues ¿y la doncellita, es de oro? No ha de sacudir una falda si no es cantando; siempre ha de replicar á lo que se le dice; con todos los mozos de la vecindad coquetea; usa unos vestidos de colorines escandalosos; se echa encima una de olores que trastorna, y se baña, como si fuera una duquesa, casi todos los días.

D. ELIG.

¿Sí?

D.^a SAC.

Sí, señor.

D. ELIG.

¿Dónde...?

D.^a SAC.

¿Cómo?

D. ELIG.

¿Dónde se ha visto cosa igual?

D.^a SAC.

Le aseguro á usted que si no se corrige, aun á riesgo de incurrir en el enojo de mi sobrina, la plantaré en la calle.

D. ELIG.

Y hará usted muy bien. En el bolsillito del delantal lleva un pedacito de espejo, y apenas se ve sola en un rincón, ya se está arreglando los *nenes*.

D.^a SAC.

Lo he observado.

D. ELIG.

Otro-í. Le gusta, ó hace que le gusta, Lucío.

D.^a SAC.

¿Lucío? ¿Tan zafio?

D. ELIG.

Sí, señora, Lucío. Y trata de embaucarlo y desvanecerlo con todo linaje de coqueterías.

D.^a SAC.

¡Oh, no! Pues eso no. En mi casa no.

D. ELIG.

Y aun hay algo más lamentable. Ayer leía á hurtadillas un librejo que escondió al verme á mí.

D.^a SAC.

¡Hola, hola! A propósito: ¿examinó usted la biblioteca de mi sobrina?

- D. ELIG. Sí, señora. ¡Vaya una biblioteca!
- D.^a SAC. ¿De quién tiene libros?
- D. ELIG. De Becquer, el poeta nocivo y peligroso; de Campoamor, que llamaba las cosas por su nombre; de Valera, que tampoco se mordía la lengua; de Pérez Galdós... ¡y de Luis Taboada!
- D.^a SAC. ¿Y en francés, ha visto usted algo?
- D. ELIG. Dos ó tres noveluchas de Daudet, que pienso quemar sin autorización de nadie.
- D.^a SAC. Con la mía.
- D. ELIG. Sospecho que la señorita Consolación tiene el deplorable hábito de dormirse leyendo.
- D.^a SAC. ¿Por qué no le da usted su libro, querido Frías?
- D. ELIG. Con mil amores, si lo desea la señora marquesa. Yo no había pensado en cosa tal, porque soy naturalmente modesto. Pasa Coralito desde la primera puerta de la izquierda hacia la escalera. Su andar menudito de paloma y el incitante juego de sus curvas, sacan de quicio al administrador. ¡Niña!
- COR. ¿Es á mí?
- D. ELIG. A usted. Hágame el favor de acercarse.
- COR. Obedeciéndolo muy sonriente. ¿Qué me manda usté?
- D. ELIG. Ante todo menos sonrisita.
- COR. Si es agrado naturá.
- D. ELIG. Pues menos agrado natural. Y muchísimo menos guiñarme á mí.
- COR. ¡No es guiño, señó!
- D. ELIG. ¿Qué es entonces?
- COR. Picardía del ojo izquierdo.
- D.^a SAC. Bien está ya, sea lo que fuere. Diga usted, Coralito.
- COR. ¿Señora?
- D.^a SAC. ¿Qué libro leía usted ayer tarde?
- COR. ¿Me vió usté? No, que fué este cabayero er que me vió.
- D. ELIG. ¡Quien la viera á usted es aquí lo de menos!
- COR. ¡Aténgase al interrogatorio! ¿Qué libro leía?
- COR. Un libro graciosísimo. «Las veinticinco maneras de que se vale una mujé para sacá novio, y un hombre para sacá novia.»

- D.^a SAC. Pues ese libro se lo entregará usted al señor administrador.
- COR. ¿Va usted á sacá novia?
- D. ELIG. ¿H? ¡Voy á sacar lo que á usted no le incumbe!
- COR. ¡Huy qué palabra!
- D. ELIG. ¡Usted es la que está sacando ya los pies del plato!
- D.^a SAC. Sí, por cierto. Coralito, si no quiere usted obligarme á una reprensión dura, replique menos y obedezca más. Hoy mismo le dara usted al señor don Eligio el libro que leía, para que lo queme.
- COR. Pero ¿es que er libro es malo?
- D. ELIG. ¡Es deleznable!
- COR. ¿Pues qué va una á leé: «Bertordo, Bertordino y Cacaseno?»
- D. ELIG. ¿Cómo se entiende? ¡Retírese!
- COR. Sí, señó. Sigue su camino hacia la escalera.
- D. ELIG. Contemplándola y moviendo la cabeza con disgusto. ¡Ay qué meneíto!... ¡qué meneíto!...
- COR. ¿También está mal er meneíto? ¡Vaya! ¡Esta casa es la Inqui-sición! sube.
- D. ELIG. ¡Silencio!
- COR. Señó, si no pío. Desaparece.
- D. ELIG. ¡La última frase ha de ser de ella! ¡Esto me vuelve loco!
- COR. Dentro, cantando.
*Yo no sé...
yo no sé lo que le ha dao
este serrano á mi cuerpo...*
- D. ELIG. Yéndose al pie de la escalera á gritar. ¡Coralito!
- COR. *Contra más...
contra más quiero orvidarlo
menos conseguirlo puedo...*
- D. ELIG. ¿Pero ve usted, señora marquesa? ¿No es esto burlarse de mí abiertamente?
- D.^a SAC. Estoy callada, porque con la tal mocita no hay modo de hablar. Luego le diré á mi sobrina lo que hace al caso. Comprendo ahora que si la mujer de mi primo Alfonso es una muchacha seria, como ya me inclino á creer, hayan saltado de allí Consolación y su doncellita.

- D. ELIG. ¿Sabe mi señora cuál es la que estimo única suerte de este caso?
- D.^a SAC. Me lo figuro, amigo Frías. Se refiere usted á que no está mi hijo entre nosotros.
- D. ELIG. Cabalmente.
- D.^a SAC. ¡Ah, ya lo creo! Mi hijo, dado su natural, alentaría y aun aplaudiría todas estas cosas que á usted y á mí tanto nos desagradan. Por eso, señor don Eligio, transigí con él, y le dije á usted que le diese todo lo que pedía, para que levantara el vuelo cuanto antes. Su presencia aquí estaba llena de peligros.
- D. ELIG. A Dios gracias, se fué al día siguiente de llegar la señorita Consolación, y no debemos temer que vuelva por ahora, ni en algún tiempo.
- JULIO Asomándose por la ventana del zaguán. ¿Hay posada para un peregrino?
- D.^a SAC. Estupefacta. ¡Julio! ¿Tú?
- D. ELIG. Como si tomara ruibarbo. ¡Don Julio! ¿Usted?
- JULIO Yo mismo. ¿Hay posada ó no? Vengo á molestar lo menos posible: cuestión de un par de horas.
- D. ELIG. Habrá usted visto que nos hemos quedado de una pieza su mamá y yo.
- JULIO Lo que veo es que no quiere usted abrirme. Palabra de honor que me iré sin pedir más dinero.
- D.^a SAC. Ábrale, don Eligio, ábrale.
- JULIO Gracias, mamá. Don Eligio se fía menos que tú.
- D. ELIG. Obedeciendo á la señora. ¡Qué cosas tiene el señor marqués!
- JULIO Abrazándolo en el mismo portón, que queda entreabierto. ¡Don Eligio! ¡Mi ángel tutelar! ¡Ya sabe usted que yo lo quiero muy de veras! Besando a Doña Sacramento. ¿Qué hay, mamáita? ¿Qué ha de haber? Que me desconciertan tus salidas de tono. ¿Me quieres explicar qué es esto?
- JULIO Julio viste traje de campo al uso de la tierra.
- JULIO Esto es que tu hijo el calavera, tu hijo el pródigo, tu hijo el malo, viene con unos

amigos á un tentadero en la Temprana, á media legua de Alminar, y mientras ellos preparan el almuerzo alegremente, él monta en su jaca y se llega á darle un beso á su madre. ¿Qué tal, don Eligio? ¿Soy ese aborto del abismo de que usted habla?

D. ELIG. Señor marqués... yo nunca he dudado... Esas bromas de usted son injustas... Lo cual no empece...

JULIO Sí empece.

D. ELIG. No empece...

JULIO No empecemos. Y perdone usted este chiste. Sé que usted odia el chiste.

D. ELIG. Según. Cuando es de buena ley lo celebro como el que más.

JULIO Pero sin reirse. Yo no lo he visto á usted reirse nunca. ¿Uú has visto reirse á don Eligio, mamá?

D.^a SAC. ¡Julio!

D. ELIG. Señora...

JULIO Don Eligio, no haga usted caso de mis chirigotas. Estoy contento... y no reparo en que quizás lo moleste á usted.

D. ELIG. De ninguna de las maneras.

De la casa de labor sale Ambrosio.

AMB. Tengan ustés muy buenos días. Sorprendido. Don Julio, ¿cómo usté por aquí?

JULIO Hombre, no es tan raro verme por aquí.

AMB. ¡Pero tampoco es coza que ze vea tos los días, como er zalí der zó!—Con permizo. Don Eligio de mis curpas.

D. ELIG. ¿Qué hay?

AMB. A mi niño lo tiene usté ya en er jardín con la paleta y los pinceles, y pregunta zi va usté á ponerze la ropa con que lo está pintando ó zi hoy también lo deja.

D. ELIG. ¡Válgame Dios! Dile que hoy tampoco podemos hacer nada. Tengo mucho que trabajar. Mientras no salga de mi conferencia, no quiero distraer un minuto. Tanto, que con permiso de todos... ¿La señora marquesa me necesita?

D.^a SAC. Para nada.

D. ELIG. ¿El señor marqués quiere algo?

- JULIO Que le pase á usted el susto.
D. ELIG. Siempre ha de chancear el señor marqués.
Vase por la puerta de la derecha.
- JULIO ¡Pero no se ríe! Escúchame, Ambrosio.
AMB. Mándeme usted, don Julio.
JULIO Te felicito. Sé que tu hijo progresa en la
pintura.
AMB. ¿Que progreza?
JULIO Así me dicen todos.
AMB. ¿Zí, verda? Pue zé que progreze; pero lo
que yo le pío á usted, y á tos los que dicen
que progresa, es que no me mienten ar
niño.
- JULIO ¿Por qué?
AMB. Conteniendo su mal humor. Por na. No me mien-
te usted ar niño, don Julio; no me miente
usted ar niño. Yo cuando me enfao no zé
hablá zin zonta ajos y ceboyas... y me voy á
enfadá zi me mienta usted ar niño. ¿E-
tamos, don Julio? Ez un favó que yo le pío á
usted que no me miente ar niño. Y usted ziga
bueno. Vase á la casa de labor.
- JULIO Adiós, hombre. Riéndose. ¿Qué le ocurre á
Ambrosio con el niño?
- D.^a SAC. No lo sé á ciencia cierta; pero me figuro que
se trata de un gran desacuerdo en materias
de arte.
- JULIO Ya.
D.^a SAC. Dejemos á Ambrosio y vamos á cuentas
nosotros dos.
- JULIO ¿Cómo á cuentas? ¿No he jurado que soy
moro de paz?
- D.^a SAC. Respóndeme: ¿puede creerse lo que me has
dicho del tentadero y de que vienes á ver-
me tan sólo?
- JULIO ¿Pues á qué he de venir sino á eso? ¿Te
he engañado yo alguna vez?
- D.^a SAC. Es cierto: nunca.
- JULIO No lo digas con retintín. ¿Y mi prima?
- D.^a SAC. ¡Tu prima! ¡No me hables de ella! ¿Dónde
creerás que está tu prima?
- JULIO ¿Dónde?
- D.^a SAC. Con seis ú ocho amigas en una boda de gi-
tanos.

- JULIO ¿Ah, sí?
- D.^a SAC. Como lo oyes.
- JULIO ¿Es quizás la novia la hija de Chiribiqui?
- D.^a SAC. ¡Qué sé yo!
- JULIO Seguramente. Acabo de encontrarme á Chiribiqui con una borrachera, que si no era de boda era de bautizo. Me saludó tirando el sombrero por alto.
- D.^a SAC. ¿Y de qué te conoce á tí ese hombre?
- JULIO Somos compadres.
- D.^a SAC. ¡Julio!
- JULIO Le bauticé el último chiquillo.
- D.^a SAC. ¡Jesús! Así te parece cosa natural que tu prima haya ido á esa boda: sin reparar en que aquellas cuevas no son ni con mucho escuela de buenas costumbres.
- JULIO Mamá, por Dios, no confundas las cosas. Ponte alguna vez en la realidad. Precisamente me agradó de mi prima, en lo poco que hablé con ella, lo espontáneo de su carácter; lo franco, lo ingenuo de su corazón; su irreflexión simpática, su alegría juvenil, que nacen de un alma clara, de un cuerpo saludable... Una mujer así, ni de las cuevas de gitanos ni de ninguna parte saca nada que no deba sacar.
- D.^a SAC. No me sorprende oírte. Harto presumía yo que tu señora prima había de encontrar en tí juez bastante benévolo para sus ligerezas.
- JULIO Mamá, me desespera que hayas de verlo siempre todo á través de los lentes de don Eligio. Yo apenas conozco á mi prima; ni tengo para qué ser su abogado; pero vale mucho más que sea como yo me la figuro, que no como estas niñas del pueblo, de que Dios nos libre.
- D.^a SAC. No midas por un rasero á las niñas del pueblo. En el pueblo hay de todo. Y bien sabes tú que sobresale una muchacha entre las demás, de la que te he hablado mil veces con elogio de sus virtudes.
- JULIO Sí; para que yo tomara estado; para que yo dejara mis devaneos; para que yo sentara

- la cabeza... Ya, ya lo sé; pero como lo primero que se necesita en un matrimonio es amor, y yo no siento amor por esa señorita, aunque sea una rica heredera, ahí tienes por qué no andamos de acuerdo. Y basta ya de dimes y diretes, mamá, que siempre hemos de estar riñendo ó cosa parecida, y yo me he propuesto no volver á reñir contigo.
- D.^a SAC. Esa sería buena señal.
- JULIO No sería mala; pero no por lo que tú piensas. Porque te advierto una vez más, que yo no he de parecerme nunca á tu administrador.
- D.^a SAC. ¡Y dale con el pobre administrador!
- JULIO Para eso haría falta, como dice la copla,
otro mundo y otro cielo
y otro Dios que dispusiera.
- Oyese en el zaguán algarabía de muchachas y muchachos que se despiden.
- D.^a SAC. ¿Eh? Ahí está ya Consolación.
- JULIO ¿Mi prima?
- D.^a SAC. Siempre se anuncia así: con risotadas y bullicio. Sentiré que entre alguien. Esta casa, desde que ella llegó, es la casa de tócame Roque.
- CONS. Dentro todavía. Hasta luego, hasta luego. No faltes tú, Mariquita Antonia. Sale por el portón. Viene de traje claro y mantón de Manila ó de espuma, puesto en forma de chal. Lucío la sigue. Tía, ¿vé usted cómo no me han matado? ¡Hola, primo! ¿Tú por aquí otra vez? ¿Has venido al casorio?
- JULIO ¿Cómo te va, primita?
- D.^a SAC. Ha venido al campo, á almorzar con unos amigos, y se ha llegado á vernos. Pero se va en seguida.
- JULIO Bien se ve que has andado de fiesta. ¡Buenos colores traes!
- CONS. ¡Y qué fiesta! Me hubiese alegrado que la hubieras visto. ¡Ay, tía, me he reído hasta ponerme mala!
- D.^a SAC. Para eso necesitas tú poco.
- Lucío observa embobado á Consolación.
- CONS. Es que no hay gente como los gitanos para

pasarlo bien. ¡Me han dicho una de cosas!... Con lo que á mí me gusta que me digan cosas los gitanos. Los gitanos y los que no son gitanos. Mire usted, tía, un hombre del campo me dijo... Lucío, ¿cómo fué?

LUCÍO
CONS.
LUCÍO

¿Er qué? ¿Lo que le dijo á usté Vinagre?
¿Vinagre?

Aquer de la chaqueta al hombro y la mancha en la oreja.

CONS.
LUCÍO

El mismo.

Eze tiene mu güena zombra. Le dijo, dice... Se ríe recordando la ocurrencia. Le dijo, dice... con permizo de la zeñora... le dijo, dice...

JULIO
LUCÍO
JULIO
LUCÍO

¡Acabal!

Don Julio, güenos días.

Buenos días. ¡Acaba!

Le dijo, dice: «Toavía estaba zu mamá ñe usté echando cuentas... y ya era usté bonita.»

Se ríen él, Consolación y Julio.

D.^a SAC.
LUCÍO

¡Qué disparate!

Poz un gitano mu negrucio, conocío por Maceta, le dijo otra coza, que usté, zeñorita Consolación, ó no la oyó bien, ó jizo azín como que no la oía. Le dijo, dice...

CONS.

Calla. Remedándolo. Hice «azín como que no la oía».

Lucío torna á reir.

D.^a SAC.

Me maravilla que te puedan halagar tales piropos.

CONS

Por Dios, tía; ¿pero usted cree que son más finas las cosas que nos dicen los señoritos? Yo he pasado un rato que no se me olvidará en mucho tiempo. Había allí una gitani-lla, ¡que bailaba de una manera!... ¡Qué salero, qué brio, qué encanto más particular!... Y era preciosa. No me la traje para que usted la viera, por miedo á don Eligio.

D.^a SAC.

¡Muchacha!

JULIO

Esa sería la Chamarina, ¿verdad?

CONS.

¿La conoces tú?

JULIO

Mucho. Nació bailando.

CONS.

El que nació bailando, por lo visto, es un zagalillo de este alto, más negro y más feo

- que mandado hacer. ¡Lo que se zarandé aquel cuerpo, Dios mío!
- JULIO Ah, sí: Malos Pelos, sin duda.
- CONS. ¡Malos Pelos! Así le llamaban.
- JULIO Ese es hijo de Micaela la Bonita y nieto de Petaca.
- CONS Estás metido en el gran mundo, primo.
- JULIO Completamente. Mamá, no te enfades.
- D.^a SAC. No me enfado, no. Ya estoy acostumbrada á oírte.
- LUCÍO Cuento usted lo der repique, zeñorita Conzoción.
- D.^a SAC. ¿Lo del repique?
- CONS. Sí. ¿No ha oído usted repicar en el Carmen?
- D.^a SAC. Con gran sorpresa, ciertamente.
- CONS. ¡Pues he sido yo!
- D.^a SAC. ¿Tú?
- CONS. Yo.
- JULIO ¿Tú, prima?
- CONS. Yo, yo.
- LUCÍO La zeñorita ha zío.
- D.^a SAC. ¡Virgen de las Angu-tias!
- JULIO ¿Campanera también?
- CONS. ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Volvíamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo del casamiento de los gitanos, y al pasar por el Carmen dijo una: «Vamos á entrar á rezarle á la Virgen.» Y entramos todos á rezar. En esto, yo, que rezo más á prisa, me levanto y me subo á la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos á la torre conmigo. ¡Qué barullo! ¡qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó á volar. La mañana era hermosa: el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de blanco el pueblo, de

verde los pinares... Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir... Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados, segando la mies... Quise yo en un momento levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle á Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar á aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante siquiera... Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risa y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido y hecho: cogí la cuerda de una de las campanas y empecé á voltearla como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró á otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró á otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto á la torre, echaron á volar otra vez... Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba: hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido esta mañana repique en el Carmen.

Lucío
JULIO

¿Pos no ze me han zartao las lágrimas?
No ha sido á tí solo. Mira tú por donde la alegría de la señorita nos ha enternecido á los dos.

Lucío

Es que ha contaó la coza que ha zío estarla viendo. Mejón que estarla viendo.

D.^a SAC.

Consolación, Consolación, eres buena, pero eres loca.

CONS.

Ay, tía, pues yo me esforzaré en ser un poquitito más buena y un poquitito menos

loca, para darle á usted gusto. Poquitito, ¿eh?

Baja Coralito tan pizpireta como siempre.

COR. Señorita Consolación. sonriendo. Hola, Lucío.

CONS. ¿Qué quieres?

COR. ¿Se puede hablar?

CONS. ¿Por qué no, mujer? ¿Qué hay?

COR. ¿Sabe usted que están ahí las macetas?

CONS. ¿Mis macetas? ¿Todas?

COR. Todas: hasta la der perejil.

D.^a SAC. Es verdad: no te he dicho... A poco de irte tú llegaron los tres carros.

CONS. ¿Dónde las han puesto?

COR. En el jardín en cuatro filas.

CONS. ¡Voy á verlas corriendo! Tía, venga usted. ¡Verá usted qué primores! ¡Mis macetas son famosas en todo el contorno! Yo las quiero más que á muchos parientes. Ande usted, ande usted.

D.^a SAC. Mujer, déjame á mí; yo no estoy para nada.

JULIO ¿Ni para ir al jardín, mamá? ¿De manera que llegan las macetas de Consolación y la dueña de la casa no va á recibirlas como merecen?

CONS. ¡Pues claro! Si no viene, me pico. En serio.

D.^a SAC. Sea como tú quieres. Vamos al jardín.

Se encaminan las dos hacia la puerta de la casa de labor.

CONS. Usted se alegrará. Lo que siento es que ya hay pocos claveles; pero rosas... ¡verá usted qué rosas!

COR. Una viene como la cabeza de un niño chico.

JULIO Ahora iré yo á verlas también.

CONS. Te gustarán.

JULIO Lo creo. Hay cosas que gustan, más que por ellas en sí, por la persona que anda en torno de ellas. Conociéndote á tí, por fuerza han de encantarme tus macetas.

CONS. ¡Mira qué galante es mi primo!

D.^a SAC. ¡Buen par de taravillas estais tu primo y tú! Rien los muchachos, ellas entran en la casa de labor y él sube. Lucío se queda como cuajado mirando á la puerta. Coralito, que cree que no es á la puerta precisamente adonde debe mirar Lucío, le dice al cabo:

- COR. Pero, oye: ¿te han embarsamao con estopa?
LUCÍO sin oírla. ¡Er zó ze ha metío en esta caza!...
¡Pintores no la pintan!... ¡Bonita es como la
fló der granao!
- COR. ¿Estás hablando solo?
LUCÍO ¡Mardita zea la pobreza! ¡A ladrón me vi á
echá pa tené dineros! ¡Zi yo fuea zeñorito!...
- COR. ¡Jesú! Tú no estás bueno de la *armendra*.
LUCÍO ¿De dónde?
COR. Por la cabeza. De la *armendra*.
LUCÍO ¡Déjame á mí ahora! Volviendo á sus pensamien-
tos. ¡Qué mirá!... ¡Qué hablá!... ¡Que andá pa
arriba y pa abajo como una pluma!... ¡Qué
rei... que paece que entra en la caza un bando
e golondrinas!...
- COR. Picada. Lo primero que hay que tené en este
mundo es educasión.
- LUCÍO ¿Qué dices?
COR. ¿Soy yo argún trapo?
LUCÍO Compará con tu zeñorita eres trapo y medio.
COR. Gracias. ¿Tú te has fijado en la soga der
poso?
LUCÍO ¿Por qué?
COR. Porque así eres de fino.
LUCÍO Pero ¿te quiés tú poné con eya?
COR. Yo no, hijo mío; yo no quiero ponerme con
nadie. Cada una es como Dios la ha hecho.
Lo que sí te digo es que yo, aunque sea en
er campo, hago así en er suelo con er pie... y
salen siete novios.
- LUCÍO ¡Ziete griyos es lo que zardrán!
COR. Arguno me canta por las noches. Acostum-
brá estoy yo á que hombre que me ve, hom-
bre que siente la *punsá*.
- LUCÍO ¿Y á mí á qué me cuentas tú ezo?
COR. Pa que te enteres con quien tratas.
LUCÍO ¡Zi ya lo zé de zobra! ¡Que siempre habemos
de está lo mesmo! Quéate con Dios: me voy
á verla entre las flores.
- COR. ¿A quién?
LUCÍO ¡A doña Zacramento va á zé! ¡Mía esta! ¡A
tu zeñorita, pamplinoza! ¡Eza zí que da azín
con er pie en er suelo, como dices tú, y za-
len ziete claveles reventones!

COR.
LUCÍO

Despechada. ¡Vaya!

Siguiendo el hilo de su admiración. ¡No ze dice por mucho que ze diga lo bonita que es! ¡Bonita á toaz horas y en toas partes! Ayé ze puzo toa de negro y ze fué á miza zola conmigo, y no zé cómo er Pae Ramón no ze equivocó ar decí: «Dominus vobiscum», y le dijo: «¡Bendita zea tu madre!» Zi yo zoy er Pae Ramón me equivoco. ¿Poz y cuando se encasqueta eze zombrerito tan zerrano, que debe zé de París de Francia, y ze monta en la jaca baya y echa á corré por er camino e los Parrales que no hay quien la ziga? ¿Y cuando está zentá y ze levanta de pronto? ¿Y cuando está de pie y da una carrerita pa zentarze?

COR.

¿Y cuando nase un hombre tonto, tonto, tonto de la cabeza y no hay quien lo componga? ¿Qué te parese á tí? ¡Er demonio er gañán, que debía está tirando de una carreta con otro buey! ¿Sabes tú lo que yo te digo? ¡Que mardita la farta que me hasen á mí tus piropos! ¡Pos de buena lana es er carnero! Volviéndose de pronto y encarándosele. Mira: er marquesito de la Cruz de la Fuente, que es un rear moso, que se lava er cuerpo tos los días, me mandó á mí unos sarsiyos de briyantes, con una cartita en que lo que menos que me desía era surtana: en er baú la tengo; Periquito Mora, de lo mejó de Solá der Rey, se ha querido casá conmigo, ¿te enteras tú? ¡casarse conmigo! y me ha dao su retrato, firmao por é: en er baú lo tengo; aquí yevo diez días, y sin salí á la caye, como aquer que dise, tengo ya cuatro pretendientes...

LUCÍO
COR.

¿En er baú?

En er baú tengo las cartas; que te coste á ti. Y va er resto: er boticario de esta caye, que es más guapo que tú, y más fino que tú, y que fuma con estenasiyas, está envenenando á medio pueblo, trastornao desde una noche que fí yo á comprarle sargatona. ¿Lo sabes? ¿Te enteras? ¿Me has oído? Cuando menos te piensas tú que se tomó mi madre

er trabajito de echarme ar mundo pa un cortijero. ¡Jesú! ¡Jesú! ¡qué ilusiones se hace la gente! ¡Quítate de ahí, fæo to, que hueles á piara! ¡Uf! ¡qué asco me ha dao de pronto este mendrugo! ¡pero qué asco! ¿A dónde iríamos á pará? ¡Por María Santísima! ¡Estaría yo loca! Entrase por la primera puerta de la izquierda huyendo con repugnancia cómica de Lucío, é indignada ante la suposición de que ella lo mire con buenos ojos. El da rienda suelta á sus carcajadas

Lucío

¡Ju, ju, ju! ¡Ze ha enfadao! ¡Ze ha enfadao por que yo no le digo na! ¡Ju, ju, ju! ¡Prezume más que un zordao con un puro! ¡Ju, ju, ju! De improviso se queda serio, fijándose en un retrato que hay colgado sobre la ventana del foro. Güeno está, hombre; no es mala penzión la que tengo. Dende que la zeñora me riñó porque me reía, en cuantito ze me va la riza ya me está mirando er tío eze. Variando de puntos de vista. Y zi me pongo aquí me mira. Y zi me pongo aquí me mira. Y zi me pongo aquí me mira también. Donde quiea que me pongo me mira. Encarándosele. ¡Zeñó, pero zi la riza no va con ustá... y ezo que paece que zaca la cabeza de un quezo! Aludiendo á la gola. ¡Ju, ju, ju! Suelta otra vez la risa y vuelve a quedarse repentinamente serio ante la mirada del caballero retratado, y á buscar nuevos puntos de vista para ver si logra esquivarla. En este ir y venir lo sorprende Doña Sacramento, que sale de la casa de labor y se encamina á la escalera.

D.^a SAC.

Lucío.

Lucío

Zeñora.

D.^a SAC.

¿Qué estás haciendo?

Lucío

Ganas de armorzá.

D.^a SAC.

¿No te has llegado á la botica por lo que te encargué?

Lucío

Como no corría prieza hasta la noche... Pero iré ahora en un zarto. Zólo que vi á dí á otra botica.

D.^a SAC.

¿Por qué?

Lucío

Porque er boticario de esta caye está enamoraao de Coralito, y ze le píe marnezia y da lamedó. ¡Ju, ju, ju!

- D.^a SAC. ¿Qué risa es esa? ¿No te la tengo reprendida?
Al mismo tiempo que la reprensión de la señora lo ataja en su risa la mirada de marras.
- LUCÍO Sin quitarle ojo al de la gola. Zí, zeñora, zí.
- D.^a SAC. Pues mal se conoce. Procura no perder la memoria. Y procura, además, cuando salgas á la calle, no detenerte en la ventana de esa mujer conocida por la *Morisca* en el pueblo.
- LUCÍO ¿También ze lo han contao á usté las golondrinas?
- D.^a SAC. También. Retrase por la escalera.
- LUCÍO ¡Ju, ju, ju! Al retratado. A tí te vi yo á zortá una pedrá en un ojo.
- D.^a SAC. Desde la escalera. ¿Eh?
- LUCÍO Zeñora, no va con usté. Usté dispenze. Por tercera vez trata de descubrir nuevos puntos de vista para burlar la mirada acusadora. Sale luego Consolación.
- CONS. Lucío.
- LUCÍO Mándeme usté.
- CONS. Escucha: voy á adornar el patio con macetas mías.
- LUCÍO ¡Ole!
- CONS. ¿Te gusta la idea? Llégate al jardín, y todas aquellas que hay allí separadas junto á la pila, vémelas trayendo ahí al lado.
- LUCÍO ¡Como zi quié usté que le traiga er jardín entero, y la pila, y los peces!
- CONS. No; no es menester. Que te ayude Diego.
- LUCÍO Lo que usté me mande, y na más que lo que usté me mande. Vase el hombre todo alborozado. Baja Julio, que ha trocado el traje de campo por uno de casa.
- CONS. Sorprendida al verlo. ¡Julio!
- JULIO Consolación.
- CONS. Pero ¿no vas al campo ya?
- JULIO No voy.
- CONS. ¿Qué bicho te ha picado?
- JULIO ¡Venates!
- CONS. Pues ¿sabes que me alegro?
- JULIO ¿Sí?
- CONS. Sí; porque he pensado adornar el patio con mis macetas, y tú vas á ayudarme á ello.

- JULIO ¡Ahora mismo!
- CONS. Cuando ese las traiga. He mandado traerlas á Lucio.
- JULIO Ya.
- CONS. Oye: ¿te ha pedido tu madre que te quedas?
- JULIO No.
- CONS. ¿Y de veras te quedas?
- JULIO Sí.
- CONS. Perdóname.
- JULIO ¿Por qué?
- CONS. Porque yo me malicié que la reunión del tentadero no era sólo de amigos; y cuando no vas...
- JULIO Cuando no voy...
- CONS. Claro se ve que es sólo de amigos. Ya sé, ya sé que te gustan un poquillo las faldas.
- JULIO ¡Un poquillo, no! De aquí á la casa de enfrente no voy yo si no es por unos ojos.
- CONS. Ya sé también que tienes el genio demasiado alegre.
- JULIO ¿Demasiado alegre? ¿En qué sentido?
- CONS. En los cinco sentidos.
- JULIO Eso es muy cierto. Soy gran aficionado á ver, á oír, á oler...
- CONS. Atajándolo. Y á lo otro que falta: no te canses. Y naturalmente, te quedarás en Almirar para ver, para oír, para oler...
- JULIO Etcétera, etcétera; no te canses tampoco tú.
- CONS. ¡Bueno! Me voy arriba.
- JULIO Contrariado. No te vayas ahora. ¿No vamos á arreglar las macetas? ¿No hemos quedado en adornar el patio juntos?
- CONS. Sí, pero todavía... Voy á escribir antes.
- JULIO ¿A escribir? ¿A quién?
- CONS. ¡Qué curiosidad, primo!
- JULIO ¿Al tío Alfonso?
- CONS. No. Y eso que no me olvido de aquella casa.
- JULIO ¿A su mujer?
- CONS. ¡Tampoco. ¡Dios me libre!
- JULIO Con cierto asombro. ¿Entonces á quién vas á escribirle tú?
- CONS. Es claro: si no es al tío Alfonso ó á su mujer, ya no hay á quien escribirle en el mundo.

- JULIO ¿A alguna amiga?
CONS. ¡Pero qué curioso!
JULIO ¿A algún amigo?
CONS. Ni amigo ni amiga: ¿tú qué tienes que ver?
JULIO Pues, hija, como no le escribas á San Antonio... porque se te haya perdido algo...
CONS. A San Antonio le escribí hace ya tiempo, certifiqué la carta, le metí dentro un sello... y no tuvo más remedio que contestarme.
JULIO Ya.
CONS. ¿Comprendes?
JULIO Sí. ¿Tienes novio?
CONS. Uno.
JULIO ¿Querías tener dos?
CONS. Con uno bueno basta y sobra.
JULIO Lo siento en el alma.
CONS. ¡Primo!
JULIO Sí, hija, sí; te soy franco. Me molesta que las mujeres bonitas tengan novio. Las quiero ó libres como el pájaro, ó ya con su marido al margen. Por lo que no paso es por el novio. El novio es una figura molestísima.
CONS. Pues, hijo, hay que sufrir. Yo tengo otra opinión del mío. Voy á escribirle.
JULIO Poquito, ¿eh?
CONS. ¡Ay, qué gracia! Lo de todos los días. Un pliego tan cruzado que parece una tela metálica.
JULIO ¿Ves tú? Si no fuera por ese hombre, tú y yo seguiríamos charlando ahora. ¡Porque para algo me he quedado yo aquí!
CONS. Para algo, sí; pero para eso, no. Sé también que eres muy embustero.
JULIO Achaques de la imaginación andaluza. ¿Tú no mientes?
CONS. Mejor y más que tú.
JULIO ¿Hola?
CONS. Mira: tú acabas de decirme que no te vas por el gusto de charlar conmigo, y eso es mentira, y yo no lo creo; y yo te he dicho que tengo novio, y es mentira también, y tú te lo has creído.
JULIO ¿No tienes novio? ¿Hola, hola? ¿Con que no tienes novio?

- CONS. No, hijo mío; ni me sale. Yo digo lo que una muchacha de mi pueblo, que es muy salada: «Con mi media naranja han hecho por ahí un refresco.»
- JULIO ¡Esto ya es otra cosa! ¡No tienes novio! ¿Arreglamos las macetas?
- CONS. Así que las traiga Lucío.
- JULIO Conformes. Es particular lo que me sucede. Mi madre se va á quedar con la boca abierta. Porque te prevengo que ahora me voy á llevar un mes sin salir de casa.
- CONS. La verdad es que eres un tarambana, primo. ¿Qué razón hay para que no vivas con tu madre?
- JULIO Eso es muy complejo. Diferencias de caracteres, de opiniones, de gustos... Claro que hay algo más...
- CONS. ¡Y tanto!
- JULIO No; no va por donde tú imaginas.
- CONS. Pues cerca le andará.
- JULIO Eso sí.
- CONS. ¿A ver?
- JULIO Vale más que sigas sin saberlo. Por todo pasaría yo, si mi madre pasara por una sola cosa mía.
- CONS. Con interés. ¿Te gusta alguna mujer que á ella no le agrade?
- JULIO Me gustó... y mucho.
- CONS. ¿De dónde era?
- JULIO De Málaga.
- CONS. ¿Cómo se llamaba? Dilo.
- JULIO Antoñita la buñolera.
- CONS. ¡Julio!
- JULIO Tú me lo has preguntado.
- CONS. ¿Pero si eso se acabó, según parece...?
- JULIO Se acabó... cuando se murió ella.
- CONS. Ah, ¿no vive?
- JULIO No vive; pero dejó rastro.
- CONS. Ya El aceite de los buñuelos se agarra mucho á la garganta. Con sorna. ¿No puedes olvidarla, eh?
- JULIO Tengo un hijo.
- CONS. ¿De la de los buñuelos?
- JULIO De la misma.

- CONS. ¡Vaya por Dios! ¿Y tú qué pretendes de tu madre?
- JULIO Que venga mi hijo aquí.
- CONS. ¿Y á tu madre... le hace daño la masa?
- JULIO ¡No es que le hace daño; es que no consiente hablar de ello! ¡Le subleva la conversación!
- CONS. ¿Se parece á ti?
- JULIO ¿Mi madre?
- CONS. Tu hijo.
- JULIO Es un retrato mío.
- CONS. Menos mal.
- JULIO ¿Cómo menos mal?
- CONS. Por que... dichosa la rama que al tronco sale.
- JULIO Ya sabes lo que me separa de esta casa. De esta casa... y de algunas mujeres.
- CONS. ¿De algunas mujeres? ¿Por qué?
- JULIO Porque sueño yo con que la mujer que llegue á ser mi esposa, acepte ese hijo mío como primera condición... y lo quiera como yo lo quiero. Si no, no me caso.
- Silencio.
- CONS. ¿No tienes más que uno?
- JULIO No.
- CONS. Alarmada. ¿Eh?
- JULIO Que no tengo ninguno.
- CONS. ¡Mentiroso!
- JULIO ¡Que no tengo ninguno! Del mismo barro que hiciste á tu novio hice yo á mi hijo. Y acaso con la misma intención.
- CONS. ¡Pero lo has adornado mucho más! ¡Grandísimo cómico; far-ante! ¡Si ha habido un momento en que creí que se te saltaban las lágrimas! No seré yo quien se fie de tí.
- JULIO Ni yo de tí, primita. Hablemos claro.
- CONS. ¡Ja, ja, ja!
- JULIO Y oye en serio una cosa.
- CONS. ¿En serio?
- JULIO En serio, sí.
- CONS. Dime.
- JULIO Aguarda.

Por la primera puerta de la izquierda sale Coralito en dirección á la escalera. Sonríe, mira maliciosamente al pasar y sube.

- CONS. ¿Qué me ibas á decir?
JULIO Muy sencillo. A tí te ha preocupado un instante que yo tuviera un hijo, y á mí me ha interesado un punto que tú tuvieras novio. ¿Por qué es esto? ¿Me quieres contestar?
- CONS. Busca la contestación, no la encuentra y dice: ¿Vamos á arreglar las macetas?
- JULIO ¡Vamos á arreglarlas! ¡Ya era hora!
- CONS. Llamando. ¡Lucío! ¡Lucío!
- JULIO ¡Lucío!
- LUCÍO saliendo de la casa de labor, seguido de Diego. ¡Aquí están ya toas las macetas, zeñorita!
- CONS. ¡Pues vengan todas una á una, que vamos a poner el patio que va á reirse solo!
- LUCÍO ¡Ole! ¡ole!
- En menos que se dice y con presteza y alegría juveniles, cubren y rodean de macetas la fuente y ponen otras al pie de las columnas, de tal suerte que truecan el patio en un jardín, cambiando su aspecto. Lucío y Diego les van entregando las macetas que ellos distribuyen á capricho. Las hay de rosas, de geranios y de aleltes.
- CONS. Verás tú qué prontito.
JULIO ¡Cuántas hay!... ¿Dónde pongo yo esta?
CONS. Esa, junto á la fuente. Las pequeñas en torno de la fuente. Dame acá, Lucío.
- LUCÍO Tome usted.
- CONS. Y las grandes rodeando las columnas.
JULIO Ajajá. ¡Qué bonita es esta!
CONS. ¿Y esta, vale algo? Esta es mi orgullo.
JULIO Esta aquí. Y esta aquí.
LUCÍO ¡Ju, ju, ju!
- CONS. Esta remonona á la fuente.
JULIO Otra á la fuente
CONS. Y otra á la fuente.
JULIO ¡Cualquiera va á conocer el patio!
LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Cuando don Eligio lo vea!
- CONS. ¡Lo que pesa esta, demonio!
JULIO Esta aquí.
CONS. Y aquí esta.
JULIO Y esta.
CONS. Y esta otra aquí.
JULIO ¡No se acaban nunca!
CONS. Y tú aquí.

JULIO Y tú con la de antes.
CONS. Y esta chica aquí para que la vean.
JULIO Y esta grande aquí para que descuelle.
CONS. Y esta aquí.
JULIO Y esta aquí.
CONS. Y ya no hay más.
JULIO Y ya se acabaron.
LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Qué bonito! ¡Pero qué bonito!
JULIO Sí que esta bonito de veras.

Rien satisfechos y se dejan caer fatigados cada uno en un sillón. Doña Sacramento ha bajado á tiempo de ver el fin de la faena, y pregunta llena de estupor:

D.^a SAC. ¿Qué es esto, Julio?
CONS. ¡Tu madre!
JULIO ¡Mamá!
D.^a SAC. ¿Qué es esto, Julio?
JULIO Pregúntaselo á Consolación.
D.^a SAC. Consolación, ¿qué es esto?
CONS. Pregúnteselo usted á Lucío.
D.^a SAC. ¿Qué es esto, Lucío?
LUCÍO ¡Pregúntazelo usted á las golondrinas!

Doña Sacramento pasea la vista por el patio, entre severa y sonriente, y los otros la contemplan gozosos, esperando su aprobación segura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El patio es el mismo, pero parece otro. La transformación iniciada al final del acto segundo es ya completa. Los severos sillones han sido sustituidos por sillas de paja y mecedoras de rejilla; donde estaba el arcón hay un piano; por doquiera hay plantas y flores; en los arcos macetas colgantes; corre el surtidor de la fuente, diciendo cosas peregrinas. Es por la tarde.

Coralito, á quien ya le consienten en la casa, bien que á regañadientes de don Eligio, dos deditos de escote, hállase asomada á la ventana del zaguán, como en acecho de una víctima. En esto Antoñito baja las escaleras á escape y cruza corriendo hacia la casa de labor con unos pinceles y un frasco de aguarrás.

- COR. Parando en su carrera al polluelo. ¡Jesú! ¿Quién ha tirao er tiro?
- ANT. Deteniéndose. ¿Cómo?
- COR. ¿Dónde va usté tan desesperao?
- ANT. A seguir retratando al don Eligio ese. A ver si quiere Dios que acabe hoy. Me dejé arriba el aguarrás...
- COR. Humó se nesedita pa pintá á semejante bicho, y más con esa ropa antigua que se pone. Paese una sanguijuela. ¿Cuándo va usté á pintarme á mí?
- ANT. Dejando la «pose» por un momento. Cuando usted quiera, Coralito.
- COR. Por mí... usté carcule. Me puedo poné otra blusita que tengo toavía más vaporosa, y

- con el escote un poquito más bajo: sin yegá á lo grave, naturarmente.
- ANT. Lo grave... lo grave es lo bonita que es usted.
- COR. ¡Carambo!
- ANT. Coralito...
- COR. ¿Qué hay con Coralito?
- ANT. Coralito... usted va á tener la culpa de que se haga una revolución en mis ideas artísticas.
- COR. ¿Sí?
- ANT. Al tiempo. Voy á ver si concluyo con aquella momia, que por cierto está hoy de un humor de perros. Entrase en la casa de labor.
- COR. Cuando Antoñito se ha marchado. Frito. Pero frito. Yo debo de tené solimán en los ojos.
Por la primera puerta de la izquierda sale Ambrosio lleno de alegría y se dirige á Coralito.
- AMB. ¡Duro, duro! ¡Dale por ahí to lo que pueas!
- COR. ¿Ha estao usté escuchando la conversasión?
- AMB. Zí, hija mía; y Dios te lo premie. No lo dejes viví; envenénale el aire; que haga números con los pinceles por tu perzona; que ze muera por tí... ¡A vé zí me lo cambias, precioza, y acaba por pintá argo bonito!
- COR. ¿Pero qué le pasa á usté con é, que lo tiene tan irritao?
- AMB. ¿Qué quiés que me paze? ¡Que er *pajolero* niño no pinta más que dezastres y cosas feas! ¡La caza me ha yenao de cimiterios, y de ciprezes, y de niños *tábiros*, y de mujeres flacas!
- COR. ¡Vaya un gusto que tiene!
- AMB. ¡No hay un liziao en er pueblo á quien no haya copiao! El único hombre cabá que ha pintao zoy yo, y pa ezo me ha puesto un coló verde y una tiriya en pie, que paece que me están ajorcando.
- COR. ¡Ay, que risa!
- AMB. ¡Miá pintarme á mí verde! Poz ahora está retratando á zu madre, y verde; y á zu hermana, y verde. *Pajolero* niño, ¿zomos pimientos ó zomos tu familia?
- COR. ¡Ja, ja, ja!

- AMB. ¡Zi yo yego á penzá que iba á tomá eze rumbo, en zeguía lo dejo zé pintó! Dale, Coraliyo, dale tú, hasta meterle er zó dentro e la cabeza. Miá que zi conzigues que te pinte tar como eres, ó que pinte este patio, ó que pinte una zandía... ¡verde por fuera, zi quié gastá er verde, pero colorá por dentro como zon las zandías!... te compro un mantón de Manila de dos mir reales, bordao en tos los colores que er *pajolero* niño tiene en la caja y que no zé pa qué rejinojo le zirven! se encamina á la casa de labor.
- COR. riéndose. Vaya usté con Dios... y prepare usté los dos mir reales.
- AMB. Volviéndose en la misma puerta. ¿De verdá?
- COR. Cuando yo lo digo...
- AMB. ¡Ole! ¡Bendita zean las caras graciosas y los cuerpos zerranos! ¡La diferencia que va de esta mujé á la colerción de fieras que tengo yo corgas por las paredes de mi caza!
- COR. También le gusto ar padre. Una familia atravesá por mí.
Asómase Salud por la ventana del zaguán. Viene con su marido, el gran Pandereta, y con Rosita, su hija. Son un matrimonio popular, feliz si los hay.
- SAL. Ssss... ssss... Güenas tardes.
- COR. Güenas tardes.
- SAL. ¿Está la señorita?
- COR. ¿Cuá señorita?
- SAL. La señorita Consolación.
- COR. Sí que está.
- SAL. Pos abra usté, que venimos á verla. Nos ha mandao vení.
- COR. ¡Ah! ¿Ustedes son los jardineros?
- SAL. Sí, señora.
Abre Coralito el portón y salen los tres recién llegados. Quedase entornado el portón.
- PAND. Salú, pimpoyo.
- COR. Dios guarde á ustedes. Ayé sintió muchísimo er no está aquí cuando ustedes vinieron. Dise que á usté no lo conose, pero que con usté ha jugao en er patio e su casa.
- SAL. Miá como eya se acuerda. ¡Es más güena la señorita!

- COR. Vi á avisarle. sube.
- PAND. ¿Tú has reparao, Salú? ¿Ha cambiao este patio? Se conose que la señorita nueva trae mucha alegría.
- SAL. ¡Si anoche me dijo Frasquita, la cosinera, que hasta va á meté aquí un teatro! ¡Y que don Eligio, el arministradó, está con eso por las nubes!
- PAND. riéndose. ¡Je, je! ¡Don Eligio! ¡Qué mursiélago es don Eligio!
- SAL. Yo tengo muchas ganas de vorvé á vé á la señorita. Tú carcula: era mi madre lavandera en su casa...
- PAND. Me lo has contao noventa veces: pero sigue.
- SAL. ¿Pa qué? Jo-eliyo María, ¿te acuerdas tú de cuando servíamos acá?
- PAND. ¡No que no!
- SAL. ¿Y de cuando entramos en relaciones? ¿Te acuerdas?
- PAND. señalando á una columna. Ayí te dí er primero.
- SAL. señalando á otra. No, que fué ayí.
- PAND. Ayí fué donde nos pescó don Eligio y nos plantó en la caye.
- Se rien los dos. Consolación baja.
- CONS. ¡Salud!
- SAL. ¡Señorita! Se besan.
- CONS. ¡Qué guapa estás, mujer!
- SAL. Este es mi marío.
- PAND. Pa servirla á usté, señorita.
- CONS. Gracias. ¿La niña es tuya?
- PAND. Y mía también.
- CONS. Ya me hago cargo. Tiene buen humor tu marido.
- SAL. Pandereta le yaman.
- CONS. La chiquilla es preciosa. La besa y la acaricia. ¿Cómo te llamas tú?
- ROSA. Ro-ita.
- SAL. Es la mayó que tengo. Tres más quean en casa.
- CONS. ¿Tres más?
- PAND. Y la imaginasi3n proyertando.
- CONS. Sentarse. ¿Y tú qué haces ahora, Salud?
- SAL. Este, que es un poquiyo hortelano y otro poquiyo jardinero.

- PAND. Na: una güertesiya que tenemos ahí á la salía der pueblo, con cuatro lechugas y cuatro flores. Rosa que no se vende en la caye se la pone mi mujé en er moño; y tomate que no se vende en la prasuela, tomate que se echa en er gazpacho.
- SAL. ¿Qué se le va á hasé, señorita? Si semos probes, ¿ensima nos vamos á apurá?
- PAND. ¡Eso sí que no! En mi casa tengo yo prohibió arrugá el entresejo. Yo no he estao triste más que una vez en toa mi vía: cuando enfermó la madre de esta, y dijo er médico... que no era cosa de cuidao.
- SAL. ¡Caya, sinvergüensa! ¿Sera sinvergüensa? Es mu sinvergüensa. Nos yevamo mu bien.
- CONS. Ya, ya lo veo. Sin embargo, Pandereta, á mí me han dicho que se le va á usted la mano con Salud.
- SAL. Diga usté que no es verdá, señorita.
- PAND. Diga usté que sí, que es verdá. Cuando bebo, que es de tarde en tarde... vamos, toas las tardes, argunas veses me da negra y le sacudo tres ó cuatro gorpes.
- SAL. Güeno, pero luego nos reimos.
- PAND. Como que si no nos riyéramos luego, yo no te ponía un deo ensima.
- SAL. Señorita, si una no tiene más tesoro que está contenta. ¿Qué va una á sacá con emberrenchinar-se? Perdé la salú.
- PAND. ¡Eso! Miste, probes semos como las ratas, pero ni eya ni yo envidiamos á nadie. Yo voy á casa de don Manuer Tinaja, que debajo e ca ladriyo tiene una onsa e oro, y no veo más que esaborisiones por toas partes. Se ponen á armosá, y un niño toma la emursión, y el otro el aseite, y el otro una pírdora en ca plato, y er padre agua de una boteya asú, y la madre agua de una boteya con un grifito... ¡Pa eso que se muden á la botica!
- SAL. ¿Pos y en casa de doña Guadalupe, donde vi yo á hasé los mandaos? Er marío pelea con la mujé; la mujé pelea con er suegro; er suegro pelea con la cuñá; la cuñá pelea con

er cuñaio; er padre esloma á los chiquiyos; las criás no paran dos días... ¿Y eso es vivi? Miste nosotros. De mi vera no se espegan mis hijos.

CONS. Ea, pues vamos á lo nuestro.

PAND. Usté nos dirá, señorita.

SAL. ¿Es pa argo der jardín pa lo que usté quiere á mi marío?

CONS. Justamente. Es una lástima de jardín: está perdido, abandonado. ¿Usted lo conoce?

PAND. ¿Er jardín? Mejó que er genio de mi suegra.

CONS. ¿No es verdad que se puede poner muy bonito? Con varios cuadros de rosas y claveles, alguno de violetas, un par de celindas, un jazmín en un muro, una enredadera en el otro...¿Verdad? El cenador, que es lindísimo, quisiera yo cubrirlo de rosas, á ser posible de pitiminí. Y como gracias á Dios la tierra es buena y hay agua abundante, me da pena que la tierra esté sin dar flores, y el agua parada, y todo muerto.

PAND. Sí que da pena, señorita.

SAL. Usté verá qué bien lo arregla este. A fantasía no le gana ningún jardinero.

PAND. Yo le pongo á usté una enredaera de campaniyas en er muro de frente á la casa, que en cuanto prinsipie á da fló hasta van á tocá las campaniyas.

CONS. Mejor que mejor. ¿Y á qué van á tocar, Pandereta?

PAND. Según. Cuando entre usté en er jardín, á gloria; cuando se presente el arministradó, á las ánimas.

CONS. ¡Ja, ja, ja! ¿Tu marido también conoce á don Eligio?

SAL. ¡Digo! Si nosotros servíamos acá; sino que nos echaron á la caye á los dos días de novios.

CONS. ¿Por qué?

PAND. Porque esta se reía de to y yo también, y se hartaron de tanta risa.

CONS. Bueno, pues vengán ustedes al jardín. Allí sobre el terreno veremos lo que puede hacerse. Ande usted, Pandereta.

- PAND. Vamos donde usted diga.
Se encaminan á la casa de labor, á tiempo que sale de ella don Eligio echando chiribitas, y vestido con la ropa de dos siglos há que ya le conocemos.
- D. ELIG. ¡Mamarracho de pintorcillo! Al encontrarse con el grupo. ¿Eh? Buenas tardes.
El efecto que tamaña aparición les produce á todos es extraordinario. La risa se les escapa de los labios y ellos se esfuerzan en contenerla. Primero Consolación, luego Salud con su niña, después Pandereta, contestan como pueden á las buenas tardes y uno detrás de otro se van á soltar la risa allá dentro.
- CONS. Buenas tardes.
SAL. Güenas tardes.
PAND. Güenas tardes. (¿Se ha escapao de un cuadro este hombre?)
- D. ELIG. ¡Ah! ¿También he de servir yo de chacota? ¡Voto va, que se engañan muy mucho! ¡Pues buen día llevo para aguantar ancas de nadie!
- Baja doña Sacramento.
- D.^a SAC. ¿Qué es eso, señor don Eligio?
D. ELIG. Señora marquesa, perdone usted si llega á alcanzarle alguna chispa de mi cólera; pero me hallo fuera de mí.
- D.^a SAC. ¿De su cólera? ¿Y por qué causa se le ha encendido así, amigo mío?
D. ELIG. No es una causa sola; son miles de causas, que conspiran contra mis ideas, contra mis hábitos, contra mis nervios. En esta santa casa ha entrado un vendaval que todo lo ha desordenado y revuelto.
- D.^a SAC. ¿Se refiere usted por ventura á mi sobrina Consolación?
D. ELIG. ¡A ella misma! Hora es ya, señora marquesa, de que pongamos freno á sus locuras.
- D.^a SAC. ¿A sus locuras?
D. ELIG. De alguna manera he de llamarlas.
D.^a SAC. ¿Y si yo le dijese á usted, bondadoso amigo, que las locuras de mi sobrina van ganando mi ánimo?
D. ELIG. Perplejo. ¿Será posible, señora marquesa?
D.^a SAC. ¿Por qué no? Aun no hace un mes que vive conmigo, y ya ha modificado en algo mis

costumbres, y ha alterado la severidad de mi casa, llenándola de gritos, y de risas, y de pájaros, y de flores; y si bien esto empezó por desconcertarme y aturdirme, y por levantar mi protesta—usted es testigo,—hay una razón que puede mas que todo... que me lleva á agradecer esa alegría.

D. ELIG.

Doblemente perplejo. ¿A agradecerla?

D.^a SAC.

¡Y quién sabe si á bendecirla!

D. ELIG.

¡Yo voy á perder el juicio!

D.^a SAC.

Mi hijo Julio, desde aquella misteriosa aparición de hace quince días, no sale de esta casa; él, que á pesar mío, no paraba jamás en ella, arrastrado por los atractivos de otra vida sin disculpa alguna. ¿Es el amor quien aqui lo retiene? No lo sé. ¡Ojalá lo sea! Porque yo sé decirle á usted, excelente Frías, que mi hijo, llenando con su prima este patio de flores; planeando la reforma del jardín; ideando la construcción del teatrillo en las habitaciones cerradas; discurrendo sobre la comida á los pobres, y la fiesta á los trabajadores del cortijo, y todas las cien cosas que sueñan juntos, es dichoso; es honradamente dichoso. Y así lo quiero.

D. ELIG.

¿He oído yo mal, señora marquesa, ó soy víctima de algún maleficio? ¿Es decir que usted está pronta á sepultar sus más caras ideas?

D.^a SAC.

Nada de eso: en todo caso á modificarlas, si á ello me llevaran mis reflexiones. Pero á lo que sí estoy decidida es á que mis sentimientos más legítimos vivan á la par que ellas.

D. ELIG.

¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! De todo lo cual yo colijo que usted autoriza en el austero palacio de los Arrayanes, la construcción de ese teatrillo de que antes ha hecho mérito.

D.^a SAC.

Teatrillo, no; teatrillo. Lo he prometido ya.

D. ELIG.

Despechado y furioso. ¡Soplan vientos de libertinaje!

D.^a SAC.

Con severidad. Señor de Frías...

D. ELIG.

La señora marquesa me disculpe. Y uego me oiga.

- D.^a SAC. Hable usted.
- D. ELIG. Como ya creo percibir claramente que, de hoy más, cosa que yo refute ó discuta en esta su casa, será cosa hecha, para darme á mí con la badila en los nudillos, tengo el sentimiento de anunciar á la señora marquesa que en este punto y hora han acabado mis servicios aquí.
- D.^a SAC. ¡Querido Frías!
- D. ELIG. ¡Señora marquesa!
- D.^a SAC. ¡Medará usted el mayor disgusto de mi vida!
- D. ELIG. No es menor el que á mí me causa, mi señora.
- Sale Julio por la primera puerta de la izquierda un poco sorprendido é interesado.
- JULIO ¿Qué ocurre? ¿Qué charlan ustedes? Reparando en la guisa de don Eligio. ¡Hola! ¿Dónde va vuesa merced tan galán, señor caballero?
- D. ELIG. La señora marquesa de los Arrayanes tiene la palabra. Con todos los respetos.
- Hace el hombre un par de cortesías y se va por las escaleras á cambiar de traje cuando menos.
- JULIO ¿Qué yerba ha pisado don Eligio, mamá?
- D.^a SAC. La yerba que ha pisado no sé; pero se nos viene encima una gran desgracia.
- JULIO ¿Qué? ¿Va á dar quizás otra conferencia?
- D.^a SAC. No es caso de broma. Esta contrariadísimo con todo lo que aquí sucede, y acaba de participarme que nos deja.
- JULIO ¡Bah! Creí que era otra cosa. Ya lo convenceremos.
- D.^a SAC. Mira que está muy enojado.
- JULIO Mejor.
- D.^a SAC. ¿Qué ha de ser mejor? ¿Me prometes tú hacer cuanto puedas por retenerlo?
- JULIO Cuenta con que se queda en casa. Don Eligio es un infeliz. La adulación lo rinde, ya lo sabes. Como yo le proponga que inaugure el futuro teatrillo con una conferencia á propósito del teatro griego, es hombre al agua. Y aun lo verás trabajar en algunas comedias. ¿Qué digo comedias? ¡En el intermedio de baile!
- D.^a SAC. Calla, calla por Dios.

- JULIO Sobre todo, mamá, tú y yo no reñimos. ¿Hemos vuelto á tener más tiquis miquis desde que te lo prometí?
- D.^a SAC. No en verdad; y así te quiero siempre.
- JUL'O Y así espero seguir mucho tiempo.
- D.^a SAC. ¿Cuánto?
- JULIO ¿Cuánto? Pronto lo sabré. A Coralito, que sale de la casa de labor. Coralito.
- COR. Mande usted.
- JULIO ¿Y la señorita Consolación?
- COR. Por usted preguntaba ahora. En er jardín está con Pandereta.
- JULIO ¡Caramba! ¿Y cómo no me lo ha avisado?
- ¿Vienes, mamá?
- D.^a SAC. ¿También yo he de ir?
- JULIO Sí; quiero que se haga todo á gusto tuyo.
- D.^a SAC. ¿A gusto mío?
- JULIO A gusto tuyo, sí; no subrayes.
- D.^a SAC. Pues vamos al jardín.
- COR. Se van hijo y madre por la puerta de la casa de labor. Ya lo creo que se quieren. ¡La señorita jura que ér no le ha dicho nada todavía; pero ni de espaldas pué negá er señorito que le ha tomao cariño. Suspirando. ¡Ay! Saca su espejito de bolsillo y se da un vistazo. Lucío, que sale por el portón, se queda contemplándola burlescamente. Viene del campo. Trae una espiga en el sombrero.
- LUCÍO ¿Te vas á retratá?
- COR. Volviendo la cara. ¡Hola! ¿Ya yegaste?
- LUCÍO ¿Prezumes tú argo?
- COR. Hombre, el arreglo siempre dise bien de la persona. Con coquetería. Y las que somos feas... nos tenemos que componé.
- LUCÍO Ezo zí.
- COR. Indignada. ¿Que sí?
- LUCÍO Tú mesma lo has dicho.
- COR. Lo que digo yo *mesma* es que estás más ganso ca día.
- LUCÍO Mejón pa mí. Er zé ganzo engorda. Oye: ¿y la señorita Conzolación?
- COR. ¿Yo qué sé? En er jardín con er señorito.
- LUCÍO ¡La zuerte e loz hombres! ¡Miá que zi argún día me quiziera á mí una mujé como la señorita Conzolación! ¡Ah!

- COR. Siempre en la brecha. ¡Quién sabe!... Si tú te sivilisaras un poco...
- LUCÍO ¡Vamos, quita! Lo más que me quíe á mí ez una zurrapastroza der barrio e los gitanos. ¡Ju, ju, ju! Mirando de pronto al de la gola y poniéndose serio. ¿Ya empezamos, amigo? A Coralito. ¿Qué te zucede á tí?
- COR. Quemadísima. Nada.
- LUCÍO Poz esto de la zeñorita y der zeñorito, yo me lo malicié. Y ar principio me jizo er corazon azín pa arriba y pa abajo, porque me había enamoraó como una bestia de la zeñorita.
- COR. No se hiso la mié...
- LUCÍO Pero aluego ze me pazó aqué delirio, ze me zalió er jumo e la cabeza, ¿zabes? y me entró una alegría mu grande de que pazara lo que paza. Tanto ez azín que antié, mientras limpiaba er patiniyo, estuve zacando un *verso* pa los dos. Pero no una aléluya como otros que he zacao, zino un *verso* largo, azín por el estilo de un romance. Conque fi y y agarré, y ze lo yevé escrito á don Juan Martínez er procuraó, que es poeta, y tiene una corona en zu despacho, con intención de que me lo arreglara. Y me lo ha arreglao... pero ahora rezurta que á mí me gusta más como yo lo jice. Y estoy acachando una ocazió pa echárzelo á eyos. En cuantito los vea juntos á los dos diciéndoze ternuras. Verás tú, Coraliyo, verás tú. Principia azín:
- «Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zo ze ha puesto
zu corona de oro y plata...»
- COR. ¡Ay, qué bonito!
- LUCÍO ¡Zi zigue toavía! Verás tú.
- COR. ¿Cuándo me sacas á mí un *verso*?
- LUCÍO ¿A tí?
- COR. Sí.
- LUCÍO Mirándola con cierto orgullo satisfecho. Yo te lo zacaré; no te apures.
- COR. ¿De veras, Lusío?

- LUCÍO Zi, mujé; de veras.
COR. A vé cuántas cosas me dises.
LUCÍO Zegún me coja. Zi me da por lo fino, por lo
 fino; zi me da por lo gracioso, por lo gracioso;
 zi me da por lo verde...
COR. Mira, que te dé por lo fino y así se lo mando á mi madre.
LUCÍO ¿A tu madre?
COR. Sí.
LUCÍO Po zi ze lo mandas dirle de quién es.
COR. ¿No tengo de desírselo? Acercándosele con zalamería. Le diré: «Mamá, sabrás que te mando ese verso que me ha sacao un muchacho que está aquí en casa, y que tiene esa habilidá. Un muchacho muy guapo... muy listo... muy simpático...
LUCÍO ¡Ju, ju, ju! ¡Pos no te pones tú mu meloza!
COR. ¡Qué brutísimo eres!
LUCÍO ¡Ju, ju, ju! Encarándose de nuevo con el de la gola. ¿Güerta á mirá, compadre? ¡Ea, pos ya me ¡arté yo! ¡Me río ¡asta que ze me zarten las muelas!
COR. ¿Qué dises?
LUCÍO ¡Y zi á usté también le jace la pascua que ze haigan traío flores ar patio, y que corra la fuente y que tos estemos contentos, ze güerve usté pa la paré y azín ze ajorra eze dijusto! Dando un respingo de repente lleno de pavor. ¡Eh!
COR. ¿Qué te pasa, Lusío?
LUCÍO ¡Que me paece que me ha zacao la lengua!
COR. Tú estás loco.
LUCÍO No estoy loco. ¡Es que eze gachó no me deja viví! ¡Me mira de tos laos!
COR. ¿Y tú no sabes por qué es eso?
LUCÍO ¿Ze ha enamoraó de tí también?
COR. ¿De mí?
LUCÍO A tu parecé zera el único que farte en la caza.
COR. ¡Vaya! No se puede tratá contigo. Cuando está una más tranquila suertas una patá.
LUCÍO ¡Pos nadie te ha yamao á mi vera!
COR. ¡Otra, hijo, otra!
LUCÍO ¡Zi no presumieras como presumes!... Y des-

pués e to, zi te ze mira espacio, ¿qué tienes tú que varga dos pezetas? Un cojunto azín que no es repunante, un ojo mas chico que otro, una nariz que ez un peyizco, y pare usté e contá. ¡Ea! ¡Me vi á dentro a jugá con la perra, que gasta menos posturitas! Entrase en la casa de labor.

COR. A punto de un ataque nervioso. ¡Ay! ¡ay! ¡ay, qué bestia! ¡qué bestia! ¡qué bestia! ¡Y lo malo es que tiene rasón mi señorita! ¡Es el único que me gusta! ¡Ay! ¡ay! ¡Bien carito voy yo á pagá to lo que me he divertío con los hombres! Pasea agitadisima, haciéndose aire con el delantal y queriendo tranquilizarse.

Salen de la casa de labor Consolación y doña Sacramento.

CONS. Sí, señora. ¡Pues ya lo creo! Cuanto antes mejor. Escucha, Coralito.

D.^a SAC. ¿Qué te ocurre?

C R. ¿A mí? ¿Pues qué tengo?

CONS. Los carril os como tomates y los ojos echando bombas.

COR. Tomaré sarsaparriya.

CONS. ¡Ah, ya sé! Esto ha sido una pelotera con Lucio. Siempre andan así. Acabarán casandose.

COR. Eso quisiera é.

CONS. ¿Y tú no?

COR. ¿Yo? No como telera.

D.^a SAC. B en e-tá. Sube y avísale al señor administrador que la señorita Consolación quiere hablarle.

COR. Ahora mismo. Sale andando y sube con tal gracia que hace inverosímil el desdén de Lucio.

D.^a SAC. Prefi ro que seas tú quien interce-la, porque mi hijo Julio á lo mejor lo echa á perder todo con una broma.

CONS. ¡Y yo lo hago encantada! Esté usted tranquila. Un pobre señor que tanto quiere á usted, que lleva tantos años á su servicio, honrado, bueno...

D.^a SAC. ¡O! á carta cabal. Su conducta siempre ha sido intachable.

CONS. Le digo á usted que no me lo perdonaría. Déjeme usted sola con él.

- D.^a SAC. Eso es muy acertado. Aquí aguardo yo.
Entrase por la puerta de la derecha.
- CONS. ¡Pobre D. Eligio! La verdad es que está pasando las de Caín. Se sienta. Ahí viene.
Baja, en efecto, vestido ya de americana, y con toda la rapidez que exige lo interesante de la entrevista, si bien con cara de pajuela.
- D. ELIG. ¿Es cierto, señorita, que desea usted hablar con mi humilde persona?
- CONS. Es cierto.
- D. ELIG. Pues aquí me tiene á sus órdenes como caballero y como servidor.
- CONS. Muchas gracias; pero vamos á hablar sólo como amigos. Si usted no quiere serlo mío, yo me empeño en ser amiga de usted. Siéntese aquí á mi lado.
- D. ELIG. ¿Que yo no quiero ser su amigo, señorita?
- CONS. No, señor: acaba usted de decirle á mi tía que se va de esta casa, porque yo estoy loca como un cencerro y usted no me puede resistir.
- D. ELIG. Escandalizado. ¡No, no! ¡Así no! ¡No hay que alterar los textos!
- CONS. Bueno; la forma será otra, pero ese es el zumo del limón. Mi tía ha tenido un verdadero sentimiento; yo, no se diga. ¿Cómo no me ha de doler que por mi causa determine marcharse de aquí, donde casi ha nacido, un servidor leal, un amigo excelente y un consejero bondadoso?... No, no, no. Señor de Frías, antes que consentir que usted salga por esa puerta, salgo yo con mi doncella, con mis flores, con el loro, con el piano, con la perrita y con toda la balumba que conmigo ha venido para desesperarlo á usted.
- D. ELIG. ¡Señorita!
- CONS. Así como suena. Usted no me conoce todavía, don Eligio.
- D. ELIG. Sumido en un mar de confusiones. Pero, bueno... Pero... poco á poco... Entendámonos... Precisa ordenar la discusión.
- CONS. Lo que precisa es que usted y yo nos digamos las verdades claras. Vamos á ver. ¿Qué

motivos tiene usted para irse? ¿Qué ventolera es esa?

D. ELIG. El caso es que... hecha así la pregunta...

CONS. ¿Le ha molestado á usted quizás que llene el patio de macetas?

D. ELIG. ¡Oh! ¡Por Dios!... Eso nunca... nunca... ¿A santo de qué?

CONS. Naturalmente. Las macetas á nadie estorban: alegran la vista, perfuman el aire... ¿Entonces qué le contraría: que la fuente corra, que suene el surtidor?

D. ELIG. Menos aún... Corra el surtidor en buen hora.

CONS. Buscaremos otro pecado. ¿Es quizás la canariera que he puesto arriba lo que subleva á usted?

D. ELIG. ¿La canariera? ¿Me lo pregunta usted en serio?

CONS. Ya veo que no es la canariera. A otra cosa. ¿Es el loro?

D. ELIG. El loro es harina de otro costal. No por el ave en sí, sino por las lecciones que aprende.

CONS. Le advierto á usted, y hasta se lo juro, que yo no soy quien le ha enseñado á decir: «¡Que baile don Eligio!»

D. ELIG. ¿Que baile Don Eligio? ¿Pero dice el loro tal cosa? ¿No lo dirá más de una vez en presencia mía! ¡Eso es una burla que no se puede tolerar! Mas ya comprenderá usted, señorita, que son razones de mayor entidad las que me han impulsado á despedirme.

CONS. ¿Luego las hay?

D. ELIG. Confieso que las hay.

CONS. Seguiremos buscándolas con un candel. ¿Acaso es una que yo reciba en este palacio a los pobres que vienen á verme? Don Eligio tuerce un poco el gesto. E-o podrá parecerle mal á la gente frívola, a la gente que vive de la etiqueta y de la farsa; pero un hombre todo corazón, como usted, no es posible que desaprobe que trate yo con bondad y cariño á los que sufren, á los que necesitan.

D. ELIG. No pinta usted más que el lado agradable de las cosas...

- CONS. Y si las cosas tienen un lado que es agradable, ¿á qué se han de mirar por ningún otro? Pero ¡tonta de mí! Ya caigo en lo que ha sacado á usted de sus casillas. Lo del teatrillo.
- D. ELIG. Lo del teatrillo...
- CONS. Lo del teatrillo por fuerza lo ha entendido usted mal. ¿Usted se figura que en ese tablado se van á bailar tangos y peteneras?
- D. ELIG. ¡Presumo que no!
- CONS. Y cuidado que á mí las peteneras me gustan. Y aun las bailo. E-e teatrillo no será más que un recreo casi inocente... agradable, culto... Lo primero que he pensado yo es que comedia que se represente, comedia que usted ha de elegir.
- D. ELIG. ¿Ha pensado usted eso?
- CONS. ¡Pues claro! ¿Quién mejor que usted, que tanto sabe y tanto ha leído? Porque yo le hago la justicia de creer que no será usted de los que cierran abiertamente contra el teatro.
- D. ELIG. No en mis días. El teatro es lugar de honesto esparcimiento, á la vez que de provechosa enseñanza.
- CONS. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no peleamos? Pues usted será el que lleve la voz cantante en el de casa. Y si quiere, para la primera función, elige una comedia de un religioso. Por ejemplo: de Tirso de Molina. ¿No era... fraile Tirso de Molina?
- D. ELIG. Sí, sí, pero... Tirso de Molina... Ya maduraremos ese asunto. Porque á pesar de que era fraile... es más verde que un apio.
- CONS. Quien dice Tirso de Molina dice Lope de Vega... ¿No era cura?
- D. ELIG. Sí... sí era cura... pero era un cura muy especial.
- CONS. ¿Muy especial? ¿Pues qué especialidad tenía?
- D. ELIG. Dejemos ahora esto... Es cosa que debe meditar-se muy mucho...
- CONS. Me he fijado en los autores antiguos, porque como de estos del día dicen por ahí que no escriben más que cosas que no podemos ver... Pero, en fin, sigamos nuestro pleito.

Explicado lo del teatro, ya veo que no sólo somos amigos, sino amiguísimos.

D. ELIG.

Indudable.

CONS.

¿Quiere usted que escribamos una obra en colaboración? Usted pone lo serio y yo los chistes.

D. ELIG.

Apretando la cara para no soltar la risa. ¡Jesús!

CONS.

Don Eligio, si le hace á usted gracia alguna cosa que yo le diga, riase sin cuidado, que yo no se lo cuento á nadie.

D. ELIG.

Eso temo; que acabara usted por hacerme reír.

CONS.

Como que después de tanto hablar, vergo á sacar en limpio que nada le molesta á usted de mi persona más que las ganas con que me río; lo que atolondro, lo que charlo; lo que voy de aquí para allá, lo que revuelvo...

D. ELIG.

Le diré á usted...

CONS

No, no señor; en este punto no me diga usted nada: no hay discusión posible. Tiene usted que tragarme así. A mí no me gustan esos lentes redondos que usa usted, y tampoco le he dicho nada hasta ahora. Yo he hecho siempre, y hago, y haré, todo lo posible por alegrar mi vida y la de aquellos que me rodean. Alegrar la vida es quererla, y quererla es una manera de adorar á Dios, que nos la ha dado. Corrénzase usted, don Eligio: el que está alegre es más noble, más bueno, menos egoísta, mas fuerte...

D. ELIG.

¿Más fuerte también?

CONS.

También. Ayer me decía mi primo hablando de esto, que él vió cuando estuvo en campaña, que los soldados que mejor resisten la vida dura de la guerra son los más alegres, los que saben cantar y reír. De modo que yo tengo razón que me sobra por la punta del pelo; que usted antes se acaloró; que ahora me da un abrazo...

D. ELIG.

¿Un abrazo?

CONS.

O dos, si le parece poco. Y que para tal culpa, tal pena: usted le proporcionó á mi tía el disgusto de anunciarle su marcha, y ahora va á entrar en esa habitación, donde ella

- está, á decirle que sigue honrándonos con su compañía.
- D. ELIG. Señorita Consolación, la honra... el honrado...
- CONS. Ni una palabra más: el abrazo, y adentro. Don. Eligio la abraza, tambaleándose de pura turbación.
- D. ELIG. En ademán de darle otro abrazo. Repito que...
- CONS. No repita usted nada: adentro. Advirtiéndole á usted una cosa: que esta escena es única en su género.
- D. ELIG. Entendido, entendido... Obligadísimo á su bondad...
- Hace una cortesía lo mejor que puede y se va en busca de doña Sacramento, enjugándose un par de gotas que asoman á sus ojos, probablemente de tinta china.
- CONS. ¡Lo he convencido! ¡Claro! ¡Si no hay como tener razón y no dejar hab'ar!
- Salen de la casa de labor Julio, Pandereta, Salud y su niña.
- JULIO Consolación.
- CONS. ¿Qué hay?
- JULIO Pandereta que se va y quiere saber si viene ya desde mañana.
- CONS. Sí, sí, desde mañana.
- SAL. Ea, pos muchas gracias, señorita, por haber-e acordao de nosotros.
- PAND. Yo me pienso traé á tres ó cuatro hombres.
- JULIO Los que necesites: allá tú.
- PAND. Me traeré al hijo er siego, me traeré á Torriyo, me traeré á Seboya, me traeré á Caralata...
- SAL. No te traigas á ninguno que se emborrache.
- PAND. Pos entonses vas á tené que vení tú sola con los retratos e los sinco.
- SAL. Conque, vámonos ya, que es tarde. Señorita, quéese usté con Dios. Con Dios, señorito.
- CONS. Adiós, Salud.
- JULIO Adiós.
- CONS. Niña, dame un beso.
- SAL. A vé si va usté una tarde por la güerta.
- PAND. Con Dios, don Julio. Con Dios, señorita. Que haiga salud, y que muchos años les baile á ustés la risa en la boca, como ahora.
- SAL. ¿Quiés no charlá más?

- PAND. Después e to, dentro e sien años, tos carvos.
SAL. Anda, hombre.
PAND. Ya nos vamos, ya. Yo lo paso tan bien en este mundo, señoritos, que er día que me muera, si por casolidá ven ustés mi entierro, no digan ustés: «¡Hombre, probesiyo Pandereta! ¡Lástima e Pandereta! ¡Tan güen jardinero como era Pandereta!» No lo digan ustés. Lo que tienen ustés que desí es esto otro: «¡Más quemao que las ánimas va esel» Ea, echá pa alante ya. Hasta mañana, señoritos.
- SAL. Que ustés sigan güenos.
CONS. Vayan con Dios.
JULIO Hasta mañana.
SAL. Niña, ¿qué se dise?
ROS. Güenas tardes.
Se va á la calle et regocijado matrimonio.
- CONS. ¡Pobre gente! ¡Bendita su alegría! Hace sonar distraidamente las teclas del piano.
- JULIO Oye.
CONS. ¿Qué quieres?
JULIO ¿Para qué te llevó mi madre del jardín?
CONS. Porque quería hablarme.
JULIO ¿De mí quizás?
CONS. De tí... y de otra cosa. Dice que está sorprendida... y contenta; que pareces otro.
- JULIO Pues soy el mismo.
CONS. Le llama la atención que pases tanto tiempo en la casa.
- JULIO ¿Y á tí, te llama la atención?
CONS. Como no sé tus costumbres de antes...
JULIO ¿De antes... de qué?
CONS. De antes... de confundirte yo con Pacheco.
JULIO Pues mis costumbres de entonces y de siempre, y hasta mi sistema filosófico, consisten en vivir contento y en hacer la vida agradable y risueña. Allí donde puedo lograrlo, allí me estoy. Ahora le ha tocado á mi casa; pero es porque mi casa es otra; yo no.
- CONS. ¡Si vieras lo que me gusta oírte hablar así!
JULIO ¿De veras?
CONS. Me enorgullece que por mí quieras á tu casa. Antes no la querías.

- JULIO Antes no. Me parecía una cárcel, te soy franco.
- CONS. Y á mí me encanta que las personas quieran á su casa. No te puedes imaginar la rabia que siento al hablar con cualquiera que no hable de su casa nunca. Tú sabes que hay personas así. Me pasó á mí con un señor, que después de tratarlo más de tres años, sin que ni por casualidad sacara á relucir á su casa, ni á su gente, ni siquiera á su perro, acabé por encaramme con él un día y por preguntarle: don Fulano, pero ¿usted vive en una palmera?
- JULIO ¿Y qué te contestó?
- CONS. Que sí.
- JULIO Era de esperar.
- CONS. La casa es la mitad de la vida. Yo compadezco á los que no la tienen, y á los que tiemblan al llegar á la suya.
- JULIO Pues calcula tú lo que sería mi casa, regida por el criterio estrecho y antipático de don Eligio, á quien mi pobre madre tiene por el hombre más sabio de este mundo.
- CONS. ¡Infeliz don Eligio! Lo que te ocurre á tí con él es que lo has tomado entre ojos, y no quieres luchar. Enemigo más débil no he visto. Acabo de tener con él una escena conmovedora.
- JULIO ¿Suplicándole que se quede?
- CONS. Sí. Para eso también me llamó tu madre. Casi ha llorado y casi se ha reído.
- JULIO ¿Reirse? ¡No lo puedo creer!
- CONS. ¡Pobrecillo! A mí don Eligio me parece un eclipse de sol.
- JULIO Riéndose. Explica eso.
- CONS. Porque es la negación de la alegría. Esa luz pálida, esa sombra triste que proyectan las cosas, ese frío que se siente, ese temor de que el sol no vuelva...
- JULIO Tienes razón; todo eso es don Eligio.
- CONS. En el último eclipse que yo ví, cuando volvió á brillar el sol me eché á llorar como una tonta. ¡Tengo una lástima de los ciegos!

JULIO El sol, el sol bendito es el que contigo ha entrado en esta casa. Tú lo has traído de la mano... ó en los ojos; pero lo has traído. Tu alegría es la suya, prima Consolación: fuerte, sana, fecunda, generosa. A todos alcanza; á todos llega. Y llegó á esta casa, cerrada como sepulcro á toda luz, y alumbró con la suya hasta los últimos rincones. Y puertas y ventanas se abrieron, para que entrase y saliese el aire de la vida: de la vida alegre, de la vida buena, de esta vida que se nos dió para que nosotros le demos digno y sabroso empleo.

CONS. Sigue, sigue hablándome así.

JULIO Seguiré... diciéndote lo que nos decimos sin palabras á todas horas. Te quiero: me quieres. Me enamoraste el día aquel en que contabas que habías volteado la campana del Carmen, porque tenías el alma llena de alegría y querías llevársela de alguna manera á unos campesinos que trabajaban lejos. ¡Alegrar el trabajo de los hombres! ¡Bendita tú, que eres capaz de pensarlo y de hacerlo! En aquel momento debí caer á tus pies de rodillas y decirte que te quería. Porque vi claro entonces, que tu alma era grande, porque era alegre, que era buena, porque era alegre, y que tu alegría, bienhechora y fecunda, podría recoger toda la de mi alma, perdida, desparramada, estéril... Y mira como no me engañé.

CONS. Suspirando con amor satisfecho. ¡Ay! ¡Ya era hora!

JULIO ¿Qué dices?

CONS. ¡Ya era hora de que te oyera yo decir todo eso!

JULIO Consolación, ¿pero no lo sabías?

CONS. ¿Sabes tú que te quiero?

JULIO Sí.

CONS. Pues no te lo digo, y ya verás qué buen rato se pasa.

JULIO ¡Consolación!

CONS. Pero sí te lo digo. Te quiero... Bueno, primero, porque te quiero.

JULIO ¿Y después?

- CONS. Después... porque á través de tu buen humor y de tus ligerezas, he adivinado el corazón de un hombre capaz de sentir todo eso que me has dicho, y capaz también de algo más que de tomar unas copas de vino con Chiribiqui ó con Petaca. Y te quiero además — voy á confesártelo todo— porque no hay mujer á la que no le halagüe ser la última á quien quiera un hombre que ha querido á muchas.
- JULIO ¡Qué tiene que ver!...
- CONS. Por si tiene... y porque supongo que seré la última.
- JULIO ¡La última! ¿Y si yo te dijese que la primera?
- CONS. No lo creería.
- JULIO ¡Pues por eso no te lo digo! Faltaba aquí la alegría del amor, y ya está entre nosotros. Somos y seremos felices.
- CONS. Tenemos el deber de serlo.
- JULIO Mi casa, será nuestra casa; mi madre, será nuestra madre; mis hijos, serán nuestros hijos...
- CONS. ¡No faltaría más!
- JULIO Diez, doce, catorce, dieciséis...
- CONS. ¿Que e-stás contando, loco? ¿Las macetas?
- JULIO ¡Los hijos que tendremos!
- CONS. ¡Ave María Purísima!
- JULIO Y todos fuertes, sanos, limpios, alegres, amando la vida...
- CONS. De eso me encargo yo. Antes de mandar á ninguno á la escuela le preguntaré: «Niño, ¿qué es lo mejor que hay en la vida?» Y cuando él me responda: «La vida», entonces lo mandaré á la escuela á que el maestro le enseñe paparruchas.
- JULIO ¡Ja, ja, ja!
- CONS. Así me educaron á mí: en esta alegría crecí yo. Recuerdo que mi padre, siempre que levantaba en alto una copa de vino—y esto era á menudo, porque le gustaba bebérsela después,—entre burlas y veras decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»
- JULIO ¡Alegrémonos, sí! Si en mi vida no hubiera

más que este momento, por él solo la ben-
deciría. A doña Sacramento que sale. ¡Mamá!

D.^a SAC.

¿Qué quieres?

JULIO

Ven aquí.

CONS.

Tía, venga usted.

D.^a SAC.

¿Qué queréis?

JULIO

Que estamos muy contentos, y hace falta
que tú lo estés con nosotros. ¿Vámonos al
campo los tres?

D.^a SAC.

¿Ahora?

JULIO

Ahora, sí.

CONS.

Vámonos.

JULIO

Anda, mamá, daremos un paseo; charla-
mos de muchas cosas; te contaremos nues-
tros sueños, nuestra ventura...

D.^a SAC.

¿Pero os habéis vuelto locos?

CONS.

Sí, tía Sacramento; y queremos que usted
se vuelva también.

D.^a SAC.

¿No basta con dos en la casa? ¿Para qué ha
de haber tres?

JULIO

¡Para mantear entre todos á don Eligio!

D.^a SAC.

¡Calla!

CONS.

No le haga usted caso; este está más loco
que yo. Llamando. ¡Coralito! ¡Coralito! Suba
usted, tía; suba usted a arreglarse. Coralito
la ayudará.

Baja Coralito.

D.^a SAC.

¿Coralito?

CONS.

Coralito, sí. Anda, Coralito, acompaña á la
señora á su cuarto.

COR.

A la disposición de usted.

D.^a SAC.

Entre confundida y gozosa. ¡Jesús, Jesús, Dios
mío!... ¡Yo con Coralito de doncella!... ¡Este
es el fin del mundo!

Encamínase hacia la escalera. Coralito la sigue. Con-
solación y Julio se ríen de la inocente tribulación de
la marquesa

COR.

Viendo lo esponjada que está su señorita, le dirige al
pasar á su lado esta breve pregunta: ¿Ya?

CONS.

Ya.

COR.

¡Ay!... En este momento sale Lucío de la casa de la
bor. Coralito lo ve y suelta un suspiro muy distinto
del otro. ¡Ay!... Únese á doña Sacramento y sube la
escalera con ella.

LUCÍO

Bamboleando ligeramente el cuerpo, y en la seguridad de su triunfo, se arranca á decir su romance sin encomendarse á Dios ni al diablo.

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala...»

JULIO

¿Qué dices tú?

LUCÍO

¡Cayarze ahora!

Consolación y Julio lo escuchan sonriendo complacidos.

«Todas las flores der campo
ze han puesto er traje de gala,
y también er zó ze ha puesto
zu corona de oro y plata.
En er cielo está la luna
y laz estreyas más claras,
y una alondra por loz aires
va cantando estas palabras:
A la puerta de un palacio
yegó una roza lunaria,
y er zeñorito don Julio
ze enamoró de mirarla.
Le dijo que la quería
por hermosa y por cristiana,
y eya ze quitó una perla:
le mandó que la guardara.
Zalió... zalió...»

Deteniéndose perplejo y acongojadísimo.

¡Ze me ha orvidao!

Recordando de pronto y prosiguiendo lleno de alegría.

«Zalió de la perla luego
una maripoza blanca,
y azín le dijo á don Julio
volando por la armohada:
Conzolación zerá tuya
zi me cumples la palabra
de que ziempre has de quererla
como á la Virgen zagrada.
Y er zó ze vistió de oro,
y la luna de oro y naca,
y todos los ruinzeñores
cantaron en la enramada.»

Esto de la enramada me lo ha puesto er procuraó.

Los enamorados sueltan francamente la risa. Lucio, animado, se ríe también.

JULIO Poeta, vé por tu sombrero, que vas á acompañarnos al campo, donde te coronaremos de espigas.

LUCÍO ¡Ju, ju, ju! vase corriendo y riéndose.

CONS. ¿Y á dónde iremos, tú?

JULIO A donde tú quieras.

CONS. Pues déjate guiar, que acaso no conozcas el sitio donde voy á llevarte. ¿Has subido alguna vez al cerro de las Águilas?

JULIO Nunca.

CONS. Desde él se ve toda la vega: los huertos, los prados, los valles, la cinta del río, los pueblecillos del contorno. Dejaremos á tu madre descansar á su falda, y treparemos nosotros de la mano monte arriba. Y ya en lo más alto, mirando al cielo, vamos á repetir gritando, para que tu madre desde abajo lo oiga, aquello que mi padre decía: «¡Alegrémonos de haber nacido!»

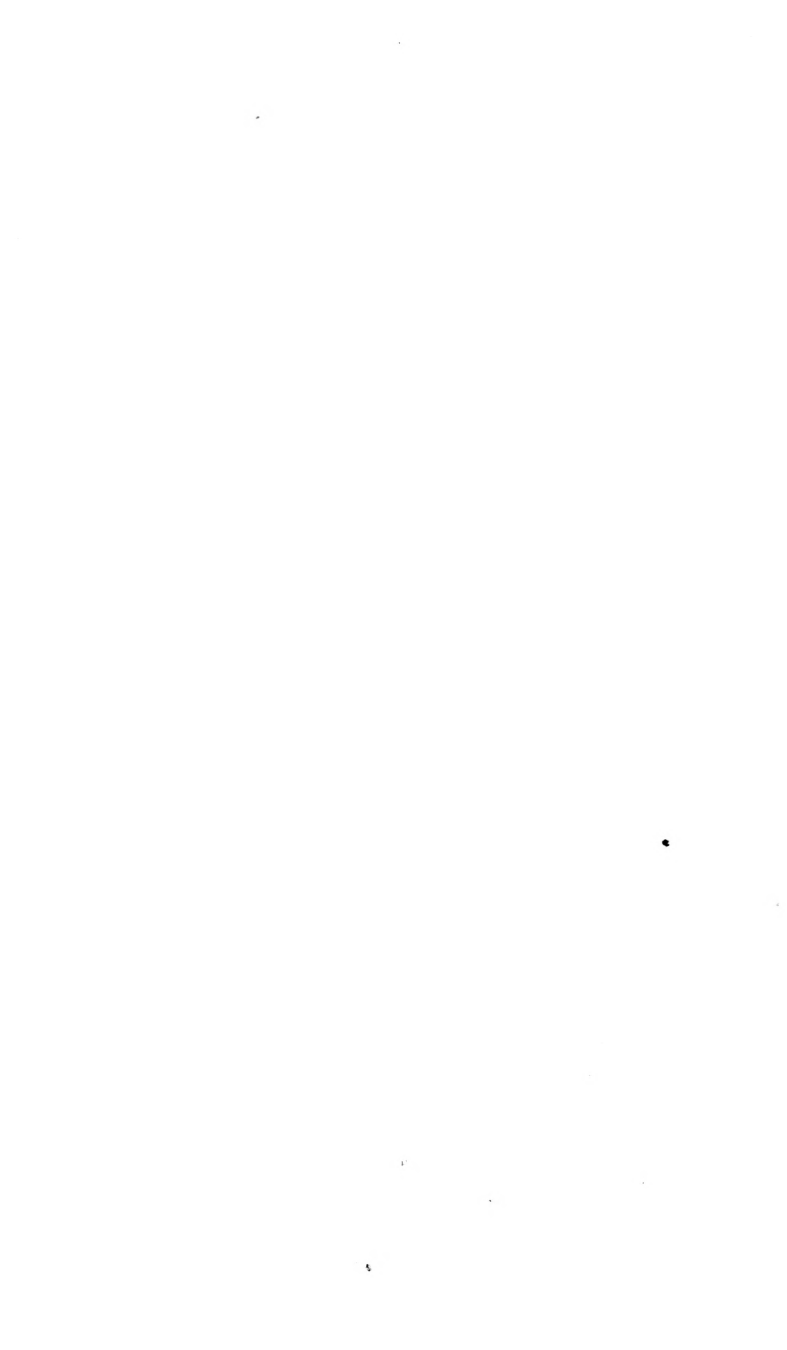
FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Junio, 1906.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Belén, 12, principal**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.^a edición.)
- La media naranja**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (3.^a edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (4.^a edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.^a edición.)
- El chiquillo**, entremés. (5.^a edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico.
- El traje de luces**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
- El patio**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (3.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.^a edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La azotea**, comedia en un acto.
- El género fufino**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (2.^a edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
- Las flores**, comedia en tres actos. (2.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- Los piropos**, entremés.
- El flechazo**, entremés. (2.^a edición.)
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
- Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos. (2.^a edición).
- Los meritorios**, pasillo.
- La zahorí**, entremés.
- La reina mora**, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- Zaragatas**, sainete en dos cuadros.
- La zagala**, comedia en cuatro actos.
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchiorotti.
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitanza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés.
- Morritos**, entremés.
- Amor á oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El genio alegre**, comedia en tres actos.
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...** entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.





PRECIO: DOS PESETAS



RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.18
no.1-17

